

América Latina 9

REVISTA DEL DOCTORADO EN PROCESOS SOCIALES Y POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA
1^{er} SEMESTRE 2010/ UNIVERSIDAD ARCIS

Democracia y Autoritarismo en América Latina

Paula Klachko
Jaime Osorio
Fabiola Escárzaga
Carlos Moreira
Sebastián Barbosa

Discutiendo la Ciencia Política Latinoamericana

Juan Carlos Gómez Leyton
Paulo Ravecca
José Francisco Puello-Socarrás
Dante Avaro

ÍNDICE

Presentación	
Democracia y Autoritarismo en la Política Latinoamericana: Un viejo dilema político muy actual	7
DEMOCRACIA Y AUTORITARISMO EN AMÉRICA LATINA	15
Democracia y autoritarismo en el movimiento piquetero argentino <i>Paula Klachko</i>	17
Nuevo patrón de dominación en América Latina: ¿Autoritarismo o democracia? <i>Jaime Osorio</i>	63
Ollanta Humala y el etnocacerismo: ¿Un nuevo proyecto autoritario popular? <i>Fabiola Escárzaga</i>	93
Construcción de hegemonía y calidad democrática: Las formas de ejercicio del poder en el kirchnerismo <i>Carlos Moreira, Sebastián Barbosa</i>	135
DISCUTIENDO LA CIENCIA POLÍTICA LATINOAMERICANA	155
La “muerte de la ciencia política” A propósito de la norte-americanización de la Ciencia política chilena <i>Juan Carlos Gómez Leyton</i>	157

La política de la ciencia política: ensayo de introspección disciplinar desde América Latina hoy <i>Paulo Ravecca</i>	173
La miseria de la politología Trayectoria histórica, perspectivas políticas y proyecciones sociales <i>José Francisco Puello-Socarrás</i>	211
Horizontes de la ciencia política <i>Dante Avaro</i>	267
LOS AUTORES	295
DOCTORADO EN PROCESOS SOCIALES Y POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA (PROSPAL)	297

¿MISERIA DE LA POLITOLOGÍA?

Trayectoria histórica, perspectivas políticas y proyecciones sociales

José Francisco Puello-Socarrás

Resumen: Pensar en una *Ciencia de la Política* “actualizada” es un tópico que continúa bajo un arduo debate. Mientras distintas ciencias sociales y humanas desarrollan desde hace varios años una “apertura”, renovando sus horizontes epistemológicos, teóricos, metodológicos e investigativos, la Politología parece quedar rezagada.

¿Es posible hoy pensar una Politología que pueda superar los influjos del pensamiento convencional y actualizarse en el sentido de convertirse en referencia para analizar, comprender y transformar las cada vez más complejas realidades globales y, especialmente, regionales y locales, y así asumir la responsabilidad que le atañe frente a los desafíos que actualmente plantea la convivencia social en diversos aspectos y escenarios? Esta aproximación pretende destacar algunas posibilidades para lograr acceder al rescate del saber y de la reflexión de La Política más allá de los modos tradicionales y hegemónicos del pensamiento y concebirla partiendo de un horizonte distinto. Se trata de intentar transitar desde una politología pasiva hacia una *Ciencia de la Política* que exprese una alternativa liberadora y activa.

La vía propia de acción, ciencia y cultura, incluye la formación de una nueva ciencia, subversiva y rebelde, comprometida con la reconstrucción social necesaria, autónoma frente a aquella que hemos aprendido en otras latitudes y que es la que hasta ahora ha fijado las reglas del juego científico, determinando los temas y dándoles prioridades, acumulando selectivamente los conceptos y desarrollando técnicas especiales, también selectivas para fines particulares.

Orlando Fals Borda, *¿Es posible una sociología de la liberación?*

La ciencia política está enferma, su actividad servil y mísera, su propuesta innovadora es vil.

Antonio Negri, *El monstruo político*

Preliminar

En todas las épocas, comenzando por la más remota antigüedad, *La Política* ha sido objeto de las más diversas provocaciones.

Desde los antiguos aforismos sapienciales, la moderna sistematización filosófica ó más recientemente bajo el influjo contemporáneo del pensamiento dominante y su obsesiva pretensión de indagación “científica”, las maneras de comprender y los modos de reflexionar sobre La Política testimonian una preocupación constante y también bastante polémica. Este impulso, visto a lo largo del desarrollo de la historia del saber político, permanece hasta ahora incontestable.

Precisamente, la posibilidad de contar con un análisis de la política rigurosamente *científico* es el nudo gordiano que sigue generando las más diversas controversias.

Si se examina la relación entre la producción de un conocimiento y la constitución de un pensamiento político bajo el discurso de la Ciencia (sustentado en las convicciones y presupuestos típicos de la Razón y la Lógica modernas y que, hoy por hoy, en medio de una discusión profunda parecerían atravesar una suerte de crisis), a la fecha, mostraría que la llamada “ciencia política” no sólo estaría, como sugestivamente plantea Negri, *enferma* sino que además - habría que añadir - resultaría anacrónica y obsoleta, epistemológicamente hablando. Es más. Sospechamos que la actividad servil en la propuesta “innovadora” que se le imputa, estarían muy relacionadas con este (in)suceso.

Actualmente y a propósito de estas cuestiones, por lo menos cuatro respuestas intentan desatar los debates.

La primera, se inscribiría en torno a cierto *postmodernismo vulgar* (para diferenciarlo del llamado pensamiento postmoderno en general). Esta postura, extremista en su “crítica” al pensamiento clásico y a la ciencia tradicional tanto como a las meta-narraciones, entre ellas, la fe en la razón (moderna), convoca en este asunto una especie de *fuga mundi*. Parfraseando a Joseph Fontana, este “viraje a la postmodernidad” - para el caso de la reflexión política - traería consigo un exagerado reduccionismo relativista que haría imposible cualquier empresa científica. Con ello, se instala una reflexión pasiva pero también peligrosamente irreflexiva.

Existe una segunda respuesta que considera esquemáticamente una separación casi irreconciliable entre el estatuto científico de las ciencias naturales y las sociales que recuerda esa vieja distinción decimonónica entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura¹. Subraya la infranqueable especificidad del fenómeno social-humano y una ruptura epistemológica (o, si se quiere, discontinuidad) fundamental en las diferentes maneras de producción del conocimiento, la delimitación de los objetos de estudio, las metodologías, en fin, diversos obstáculos que harían frívolos cualquier intento por lograr un discurso científico en general y sin adjetivos así como también una relación dinámica entre el mundo “artificial/humano/social” y el “natural” (no-humano).

A pesar de que esta postura encara efectivamente los mínimos del debate y avanza en muchos aspectos, la ambigüedad con la cual se “relativizan” y “aislan” algunas cuestiones - entre ellas, la separación tajante entre cultura/naturaleza - impone la presencia de un relativismo moderado que sigue poniendo trabas en la integración actualizada del saber político a partir de conocimientos logrados desde “otras” ciencias. Parecería entonces que, en este sentido, no habría salidas alternativas de articulación de la ciencia política por fuera de las ciencias sociales. Esto supondría serios riesgos de

¹ “¿Podemos acaso suponer que un fenómeno social posee la misma naturaleza ontológica que los fenómenos de la naturaleza? Mal que les pese a muchos, esta igualación no reviste equivalencia posible. La relatividad de los fenómenos culturales impiden la posibilidad de trazar leyes en el sentido que las mismas poseen en el campo de la naturaleza. Esto no imposibilita establecer mecanismos causales, posibilitar generalizaciones, o intentar predicciones; pero éstas deben acotarse a su matriz histórica”. Bulcrouf, Pablo y Juan Cruz Vázquez, “La ciencia política como profesión”, *POSTData*, No. 10, Diciembre 2004, p. 300.

anquilosamiento para el pensamiento político, más si se tiene en cuenta el panorama intelectual y los paradigmas vigentes que prevalecen en el ambiente disciplinar.

Otra postura exhibe una tercera posición: confiesa la posibilidad de tomar estratégicamente aportes hoy por hoy disponibles desde “las nuevas orientaciones del pensamiento científico más avanzado” (las llamadas “ciencias duras”) e incluso prevé que ello propiciaría una apertura epistemológica de la teoría social.

Sin embargo, advierte al mismo tiempo que, en la mayoría de los casos, este tipo de desarrollos en las ciencias contemporáneas - por ejemplo, la física cuántica - aunque interesantes resultan ser escasamente operativos; en oportunidades, irrelevantes. Así la transacción de nuevos conceptos y nociones, herramientas analíticas, etcétera, es extremadamente difícil para dar con una base ideológica nueva y firme en la generación de conocimiento científico en política².

Finalmente, existe una última actitud que reivindica - por decirlo de alguna manera - el despropósito y la inercia. Enclaustrada en los oráculos teóricos más entusiastas y que inveteradamente han auxiliado al pensamiento único y las posturas hegemónicas de la disciplina, se propone profundizar los enfoques dominantes actualmente existentes, muy a pesar de que además de anacrónicos y obsoletos éstos muestran progresivamente su incapacidad para aproximar con algún grado de verosimilitud la compleja realidad política. Ni siquiera en sus aspectos básicos esenciales.

En esta postura se protege una actitud irreflexiva, fetichista y, por lo tanto, tozudamente anti-científica. Mientras tanto, sus más acérrimos defensores pretenden seguir proclamando exactamente lo contrario. Para ilustrarlo de algún modo, esta perspectiva pretende penetrar las profundidades del universo intergaláctico con una lupa aduciendo que la tierra es plana.

Muy esquemáticamente ó, si se quiere, bajo un tono canónico, se trata del esquema-tipo que los enfoques autodenominados “científicos” han introducido desde sus inicios a partir de la “ciencia política” contemporánea (usamericana) y que en adelante denominaremos: *Political Science*; tradición que también ha sido heredada y compartida por algunas orientaciones de la Política Comparada (*comparative politics*).

En ambos casos se sigue desesperadamente guardando la esperanza desproporcionada y para el momento actual inadmisibles de la superioridad innata y exclusiva de los parámetros epistémicos del pensamiento clásico moderno y de las supuestas bondades - para ellos, aún vigentes - del modelo teórico y analítico neoclásico (específicamente: angloamericano y proveniente de la teoría económica). Desde luego, esto implica un rechazo implícito de las contribuciones científicas emergentes³.

² Cfr. Borón, Atilio, “¿Una teoría social para el siglo XXI?”, *Estudios Sociológicos* [en línea], Vol. XVIII, No. 3, 2000, pp. 475 y ss.

³ Sobre los detalles del “modelo-tipo” neoclásico básico (ortodoxo y de corte usamericano): cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, *Nueva Gramática del Neo-liberalismo. Itinerarios teóricos, trayectorias intelectuales, claves ideológicas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009, pp. 56-70.

En esta postura, la opción está en imponer un “no futuro” para la ciencia política – epistemológicamente hablando – e insistir en una ortodoxia que opone férrea resistencia a las transformaciones más actuales tanto del mundo en concreto como de la ciencia en abstracto⁴.

En nuestro concepto, ninguna de estas posturas resulta completamente satisfactoria ante los retos intelectuales y epistemológicos más actuales.

Pensamos que una variedad de aportes estratégicos emergentes puede contribuir hacia perspectivas más relevantes y ajustadas a la complejidad real, hoy por hoy presente, en la política de las sociedades contemporáneas tanto como a liberar la actual ‘ciencia política’ (y a la política misma) de sus ataduras más habituales.

Con este propósito, intentamos una cartografía – todavía muy preliminar pero que puede animar el debate hacia el futuro - en torno a la situación y la condición del pensamiento político, es decir, la producción del discurso científico de la política *vis-á-vis* los principales desafíos que se plantean a nivel epistemológico en las Ciencias en general y en la llamada Politología en particular.

La división en los modos de aprehender la política hoy vigente y que aquí condensamos alrededor de la categoría *Politología* nos permite identificar el plano epistemológico por excelencia que posibilitaría comprender la producción histórica del pensamiento y conocimiento políticos. Sobre todo, su evolución desde la época moderna pero con mayor atención en las épocas recientes donde el epílogo contemporáneo que significa la *Political Science* hegemónica y dominante resulta protagonista.

Así, empezamos por rastrear algunas de las particularidades del carácter epistémico de la ‘filosofía’ y la ‘ciencia’ políticas (la Politología), problematizando los corolarios que eventualmente surgen de la exigencia de adoptar/adaptar el discurso de la ciencia en general al interior de las modalidades de reflexión que corrientemente son consideradas legítimamente disponibles en el análisis político. Posteriormente, interponemos dos de los más importantes aportes estratégicos desde los nuevos horizontes de la Ciencia actual, con el fin de advertir las posibilidades de integrar las novedades emergentes en los marcos tradicionales del saber politológico y pensar así en una politología renovada ó, lo que es lo mismo, una Ciencia *de la Política*, cuestión diferente a la “ciencia política” (*Political Science*).

⁴ Cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, “El oráculo de los entusiastas. La teoría del *Rational Choice* en política: ¿una decisión irracional? (ante todo, después de todo)”. *Mimeo*. No pretendemos desconocer que: a) la Ciencia Política Usamericana (*Political Science*) se reduce ó se agota exclusivamente en este tipo de enfoques; b) Que la Política Comparada y mucho menos las diferentes escuelas y aproximaciones que la constituyen sean, para este caso, exclusivamente usamericanas; c) Que enfoques como “la elección racional” (*rational choice*) hayan tenido otros desarrollos en los últimos tiempos. De hecho, un nuevo enfoque del *rational choice*, alejado de la postura “clásica”, ha venido abandonando las asunciones de la teoría económica neoclásica (en su versión ortodoxa y angloamericana). Cfr. Zuckerman, Alan, “Advancing explanation in Comparative Politics” en Lichbach, Mark y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, culture and structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009, p. 77 y ss. Con el ánimo de llevar adelante la discusión en sus aspectos más generales, intentamos destacar algunas tendencias que se derivan de la hegemonía y el dominio que pretenden una serie de paradigmas en la manera como han evolucionado las discusiones fundamentales en el campo del conocimiento político actual.

Hacia el final, subrayamos críticamente algunos de los obstáculos que aún subsisten en la politología y sus potenciales salidas.

1. Una Ciencia *de la* Política. Transhistoricidad e Invariantes epistémicas

Aún después de haberse institucionalizado el término *ciencia política*, la voz aún hoy presenta una ambigüedad bastante extendida.

Lo anterior, fruto de diferentes situaciones históricas, epistemológicas y, por supuesto, concretas en los campos académicos, científicos y políticos los cuales han estado relacionados estrechamente con los cambiantes contextos en los que se ha visto inmersa la evolución de la disciplina. Igualmente por las diferentes luchas entre poderes y saberes, en su afán por definir y conceptualizar la Política misma como un *acontecimiento social* – dinámico y, desde luego, contradictorio - en diferentes espacios y épocas.

Sin embargo, ¿a qué nos referimos cuando proponemos hablar de una *Ciencia de la Política*?

En primer lugar, deberíamos intentar establecer una taxonomía en torno a la historia del pensamiento político. Entonces, observar en qué medida podríamos hablar de *ciencia* en la *Política*.

1.1. La Política en búsqueda de la Ciencia

¿Cuál es la razón para que el pensamiento sobre la Política se haya obsesionado con las temáticas epistemológicas? ¿Por qué ese afán inusitado por presentarse como científico? Uno de los debates más polémicos y recurrentes que se registran en la historia del estudio sobre la política - más allá de sus controvertidas definiciones - es aquel que ha pretendido establecer el momento fundacional de la Política *qua* Ciencia, la política “en tanto” ciencia.

Esta cuestión es un lugar común de controversias compartido con todas las ciencias humanas y sociales. No es exclusiva ni mucho menos privativa de la larga trayectoria que ha debido atravesar el pensamiento político en su historia y, antes bien, acompaña las vicisitudes de la constitución del análisis sobre la Política. Cada saber social ha visto la necesidad también de sortear este tipo de incidencias las cuales implican, por un lado, el establecimiento de sus respectivos estatutos epistemológicos y, por el otro, la institucionalización de sus disciplinas científicas durante su corta o larga existencia – depende como se las evalúe -.

Durante el último siglo el tema se ha tornado especialmente espinoso. Sobre todo, desde que la necesidad de verificar el carácter científico de los saberes ha resultado ser cada vez más una exigencia inapelable⁵.

⁵ Cfr. Wallerstein, Immanuel, “La Historia en busca de la ciencia” en *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005, pp. 97-107.

En el caso de la Política, esta reclamación siempre se ha provocado en medio de un aroma de inevitabilidad. Es casi imposible no referirla, más si se aspiran esbozar los itinerarios teóricos de las reflexiones, describir sus cambios y transformaciones o evaluar las modalidades de su pensamiento, en particular, en los tiempos modernos y contemporáneos. Interrogarse por la denominada “cientificidad” del estudio de la Política entonces es una tarea inexcusable. Cualquier tentativa de acceder al diagnóstico histórico y actualizado sobre el estado de la Ciencia Política hoy por hoy ó en el caso de referirse a la pertinencia y la responsabilidad que le compete a la disciplina y sus profesantes, en términos de las problemáticas más concretas de nuestras vidas y mundos, no puede pasarla por alto.

El aclamado suceso fundacional de la Política *en tanto* Ciencia ha sido un anuncio permanente. Diferentes apuestas - empezando por las más contemporáneas - han querido ofrecer la respuesta decisiva sobre este asunto, todas confiadas en el éxito de esta empresa, demostrando haber descubierto en definitiva las coordenadas que probarían la existencia de un conocimiento exacto, sólido y cierto, además de eminentemente político y, por lo tanto, diferenciado de los demás saberes humanos.

Invocando este punto de partida *ex nihilo*, sugieren casi automáticamente la posibilidad de elevar un único y verdadero conocimiento político, el cual - sustentado en una clave discursiva exclusiva - lograría desentrañar las eternas disputas que se han librado sobre cuál es la esencia constitutiva en Política y, consecuentemente, la consistencia excepcional de su realidad específica. La autenticidad científica de esta operación permitiría en adelante la aprehensión racional y empírica de la lógica que estructuraría la vida y la experiencia políticas. De esta forma, quedaría declarada (y aclarada) la Vía para conquistar la comprensión de las problemáticas y asuntos políticos en la Sociedad Humana.

A lo largo y ancho de la historia de la disciplina, tentativas como ésta, desde los más variados criterios, se han abrogado el feliz logro de esta expectativa.

Al darle seguimiento a un conjunto de circunstancias semejantes, analizadas a la luz de diferentes momentos, sin embargo, encontramos que la generalidad de los casos responden a una especie de “constante” histórica: la demarcación categórica de las fronteras que separan el conocimiento puro de la mera opinión; o, si se quiere, en este caso, la distinción de un tipo de pensamiento político estimado “serio y responsable”, de aquel, frívolo e irreflexivo – de hecho, considerado, sin ninguna clase de cortapisas: “irresponsable” -. Es como si la antigua reflexión platónica que oponía *epistéme* (el “conocimiento”, la “ciencia” para los antiguos griegos) y *doxai* (las meras “opiniones”) - más allá de su utilidad, sus virtudes o vicios -, aún continuara vigente como criterio de autoridad para avalar la “superioridad” innata de un tipo de conocimiento ó pensamiento sobre otro(s)⁶.

Esta ponderación - desde nuestro punto de vista: aparente, unilateral y completamente infundada - ha sido en todo caso estratégicamente productiva.

⁶ En rigor, debería hablarse de la distinción entre verdad/opinión, como lo ha mostrado Cornelius Castoriadis. Cfr. Castoriadis, Cornelius, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social: Seminarios 1986-1987*, Buenos Aires, FCE, 2004.

En torno a ella se ha juzgado la existencia de sociedades “inferiores” (calificadas en el mejor de los casos como “tradicionales”), considerando sus saberes como simples fabulaciones ó infundadas fantasías. Aunque la noción hoy suene a primera vista contradictoria, culturas “salvajes”⁷.

La importancia de este punto, si se analiza con la profundidad política que merece, radica en que según todas estas reacciones, algunas sociedades serían incapaces de (auto)governarse y, en consecuencia, lógicamente sujetos de la intervención legítima por parte de sus pares “superiores”. Desde luego, aquí se ratifican ampliamente todos los colonialismos - tanto los de vieja data como los nuevos - a lo largo de la Historia hegemónica erigida *desde* Occidente y, en forma universal, con todos los imperialismos⁸.

La supuesta superioridad en el pensamiento (no sólo en materia política sino en el pensamiento en general) se interpreta inmediatamente como una inferioridad política en especial.

A pesar de los esfuerzos y de la persistencia del debate en torno a la generación de un discurso científico al interior del estudio de la política, las mismas discusiones - y no tanto sus desenlaces ó respuestas – parecen seguir siendo insatisfactorias.

Todas ellas mantienen un aroma que raya en el formalismo abstracto – e insisten incursionar en el terreno de la pura epistemología, eso sí, sin éxito –, evitando asumir la discusión sobre la científicidad de la Política en profundidad; es decir, en términos socio-históricos.

Este seguramente es uno de los equívocos más graves y reiterados. Por esta razón, median pocas reflexiones al momento de hablar en qué consiste una *Ciencia de la Política* haciendo que la voz se desvanezca en la cotidianeidad de sus usos y termine aferrándose todavía más a la ambigüedad con la cual es acogida. ¿Qué inconvenientes envolvería esta situación?

Empecemos por subrayar que los obstáculos a los que nos referimos impiden principalmente desaxiomatizar el sentido común que subsiste en el debate público. También aquel que se mantiene en las interpretaciones y usanzas académicas, consideradas calificadas y rigurosas en la materia. Así, la relación entre lo científico y lo político termina siempre oscurecida o, en el mejor de los casos, en una suerte de encrucijada.

⁷ Cfr. Levi-Strauss, Claude, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1.964.

⁸ Huelga decir que estas relaciones de hegemonía/subordinación entre los saberes y, en este caso, al interior del saber político, no se configuran como discusiones al margen de las realidades sociales y políticas. Éstas nunca se remiten - ni mucho menos se agotan - en el plano de la pura erudición formal (digámoslo así: en su carácter “abstracto”). Por el contrario, nos permiten reflexionar sobre las consecuencias prácticas y concretas que se derivan de su estrecha relación con el poder, tal y como Michel Foucault ha puesto en evidencia. Al analizar el saber y sus *formas*, el análisis relacional en torno a los efectos que produce y sus poderes efectivos resulta inescindible. No se trata de otra cosa que de la condición ontológica del “saber-poder-saber” como pensamiento del *afuera*.

No debe sorprender entonces que el panorama continúe ocupado mayoritariamente por posturas acríticas, demasiado ancladas y devotas - epistémicamente hablando - a otras épocas (y, entonces, desactualizadas) y, con ello, se eternice en el ambiente intelectual prevaleciente un espíritu cínicamente irreflexivo.

Y esto lo advertimos sin referirnos todavía a las implicaciones que suponen los compromisos ideológicos hegemónicos que implícita y explícitamente siguen reproduciendo y profundizando desviaciones que para hoy serían tan inaceptables como anacrónicas frente a los problemas relevantes que - se supone - están en el centro de las preocupaciones político-científicas. En su lugar, se patrocina la parálisis del estudio de la Política y, de paso, sus desafíos más urgentes.

Se dice muy poco entonces - en realidad casi nada -, por ejemplo, sobre las consecuencias de estar seducidos por una Ciencia que tiene por objeto y adjetivo la Política, silenciando las explicaciones en torno a las inclinaciones intelectuales que privilegian una aproximación a estos asuntos en términos científicos y en detrimento de otras alternativas discursivas.

La constante tanto en los métodos como en los personajes que aparecen a menudo como argumentos de autoridad para saldar las distintas aproximaciones y los debates en competencia alrededor del momento inaugural de la Política como Ciencia - desde Aristóteles hasta Easton pasando desde luego por Hobbes y Maquiavelo, referentes inexcusables -, revela no sólo la presencia de un prejuicio marcadamente Occidental hacia la Política sino también una monomanía que podríamos denunciar, exagera y dramatiza su tono “modernista”, resignando así posibilidades hermenéuticas diferentes para desanudar ponderadamente esta polémica.

Convicciones como éstas bloquean las oportunidades para “conocer el Conocimiento” (Maturana y Varela) y los imperativos actuales para “pensar el Pensamiento” (Foucault) Políticos, de la mano de reflexiones más amplias como complejas que involucren el calidoscopio de realidades afines y dimensiones relacionadas (*verbi gratia*: condiciones socio-históricas y culturales) de la Política a lo largo del tiempo y espacios humanos.

Intentar superar esta situación implica replantearse la pregunta sobre dónde y cuándo nace la Ciencia en la Política pues este punto de partida, más que ofrecer una respuesta única, ya un hito fundacional dentro de la científicidad en la disciplina, es relevante para reflexionar sobre su constitución histórica, su presente en crisis y los retos que muy probablemente tendrá que asumir nuestra disciplina en el futuro.

1.2. *¿Qué ciencia, cuál Política?*

Acudiendo a la pluralidad de formas y contenidos en la producción y reproducción del pensamiento político podría advertirse una constante histórica en la disciplina que, para este momento, deviene ya como su signo constitutivo: la arraigada - y obsesiva - pretensión/propensión hacia la científicidad. Expliquémoslo mejor.

Desde las reflexiones políticas más antiguas hasta los análisis contemporáneos sobre Política se ha mantenido la idea - en realidad, se trata de un imaginario - según la cual

existe una única vía, válida y veraz (un discurso privilegiado), para acceder a la Realidad de la Política: el discurso científico.

En particular dentro de la tradición occidental, y a pesar de existir diversas formas de pensamiento y conocimientos en diferentes épocas y espacialidades, tiempos y latitudes, el discurso derivado de la actitud y la actividad científicas se ha convertido en la modalidad de pensamiento por antonomasia. Se ha impuesto como la manera posible de alcanzar con éxito esa empresa *humana demasiado humana* de penetrar la Realidad en general y, desde luego, la realidad política en particular. El pensamiento político siempre se ha pretendido por sí mismo “científico” y siguiendo esta imagen constituirse como *la* orientación matricial y garantía de su propio conocimiento.

Respecto a lo anterior sería preciso interponer brevemente algunas prevenciones.

Interpretar la “ciencia” y “lo científico” desde nuestros propios criterios actuales, digámoslo así, desconociendo, por un lado, el innegable carácter histórico y social del pensamiento y del conocimiento y, por el otro, el carácter dinámico y cambiante del *sentido* de la Ciencia y lo científico, podría descontar *de facto* las diferentes verosimilitudes propias del desarrollo del discurso científico para otros tiempos históricos, épocas e, incluso contextos sociales y culturales.

La *ciencia* debe concebirse cuidadosamente dentro de los límites social-históricos que le confieren a esta actividad y sus producciones un sentido específico. Muchas veces, esta idea se subvalora o simplemente se pasa por alto, valorando positivamente juicios arbitrarios que impiden plantear bajo criterios adecuados la discusión. Ilustremos este punto.

La Modernidad, cosmovisión arraigada y fruto de *una* tradición cultural específica (neo-europea) entre otras muchas, se autoafirmó rechazando la validez de cualquier realidad científica extemporánea y/o extra-espacial frente a su propia autorreferencia social e histórica⁹. Es decir, diferenciándose tanto a lo anterior a ella como lo exterior a ella. De allí que lo pre-europeo y lo extra-europeo fuera directamente identificado, a la vez, con lo *premoderno* y también con *extramoderno*. Así cualquier manifestación emanada de *otro(s)* pensamiento(s) – la producción de la Realidad conforme la posibilidad de ciencia y, consecuentemente, de la técnica y la tecnología en el sentido físico y social producto de su visión del mundo (europeo) – son, en sus propios términos, expresiones insuficientes ó simplemente débiles.

La otredad, necesaria e inevitablemente *extra-moderna*, automáticamente implicaba la imposibilidad “científica”, con todo lo que esto significa. En este caso, la categoría *pensamiento* (sus dominios y actividades: física, filosófica, cultural, social, política, poética, artística, etc.) solamente es válida (verosímil, auténtica, consistente, etc.) en tanto se rotele como *moderna*.

Es más. Desde una mirada eurocentrista como la moderna, el sólo hecho de decir: *otro* tipo de “pensamiento” resultaría ser una contradicción en los términos pues éstos ni

⁹ Neo-europea nos referimos a la Modernidad Europea con el fin de diferenciarlo de una cuestión obtusamente geográfica. Nos referimos a “Europa epistémica”, la construcción del concepto.

siquiera serían dignos de tal designación como tampoco las realidades que ellos expresan (insistimos, también en el sentido físico y social de la expresión).

Estas censuras lejos de ser exclusivas de la actitud moderna (aunque sí se exageran con la modernidad), continúan hoy vigentes si bien con un acento – diríamos – menos “perverso”.

Aunque sea menos evidente, situaciones semejantes sobrevienen en nuestros tiempos contemporáneos. Hoy, diversas expresiones modernas (en el pensamiento y en la ciencia) poco a poco son eximidas de su carácter científico aún cuando antes disfrutaban de tal condición¹⁰. La noción del incesante avance científico, el fatal progreso del pensamiento y la perfección constante del conocimiento, con el paso del tiempo, supuestamente desautorizaría necesariamente las ideas caducas, sustituyéndolas siempre por otras “nuevas” y “mejores”. Sin embargo, y seguramente para asombro de muchos, esta cuestión no resulta tal.

Por ahora insistimos en que sin una exploración social e histórica del significado de la Ciencia y “lo científico” - considerando rigurosamente la complejidad que esto implica - sería imposible para provocar algún tipo de criterio frente al sentido de la *Ciencia en la Política* y en “lo político”.

Todas estas prevenciones no son novedosas. Se cumple casi medio siglo de fuertes y afortunadas reflexiones alrededor de los sentidos de la Ciencia las cuales, sumado a un sinnúmero de epistemólogos de diferentes posturas intelectuales y corrientes analíticas, han ofrecido y siguen ofreciendo un calidoscopio bastante completo de razones para ratificar la relatividad histórica (cuidado: ¡no se trata de un simple y llano “relativismo”!) y la dinámica social constitutiva de los discursos, entre ellos, por supuesto, el científico.

La obstinación de subrayar todos estos aspectos radica en que a pesar de los esfuerzos, inclusive en ámbitos especializados, todavía subsisten posturas obsoletas y anacrónicas que se niegan a desanclar el simplismo de la tradición y peligrosamente siguen en procura de imponer - con tozudez y *docta ignorantia* - ideas tales como el perpetuo avance científico, la acumulación ininterrumpida de los conocimientos y el progreso absoluto del saber y de las ideas. Todas estas sugerencias, en contraste con la evidencia histórica más concreta que las ha puesto bajo tela de juicio, siguen enceguecidas por su propia soberbia.

Estos valores y valoraciones - recordemos - incitados y promovidos por *una* visión de las cosas privativa de la Modernidad neo-europea han servido no sólo como condición de emergencia de su propio pensamiento (autoproclamado “científico” y, con ello,

¹⁰ A primera vista se podría pensar que la problematización *inter-temporal* en torno a los diferentes significados y sentidos de “lo científico” corresponde únicamente a una dinámica retrospectiva que va del presente al pasado conforme “avanza” la historia en un movimiento perpetuo que sugiere el “progreso” cuantitativo y cualitativo del conocimiento, el saber, el pensamiento y la ciencia, las técnicas, etc., conforme pasa el tiempo, haciendo que cada “nueva” época proporcione más y mejores criterios para falsear categóricamente los conocimientos previos. Esta idea ya destituida precisamente instala la posibilidad de un revés prospectivo.

autodenominado *verdadero, universal, absoluto*, etc.) sino que igualmente han contribuido a fundar *la razón* de su innata “superioridad” cultural, social, histórica y biológica frente a lo demás (lo extra-europeo). Afortunadamente, estas adecuaciones resultan vanas y, por el contrario, anuncian los propósitos hegemónicos a los que aspiran.

En nuestro intento de reconstrucción histórica del pensamiento político existen momentos paradigmáticos donde esta herencia de señalamientos también ha querido imponerse.

Recordemos cómo una de las expresiones dominantes del pensamiento político contemporáneo, la *political science* (usamericana), desde los años sesenta ha venido desautorizando la capacidad de las teorías políticas anteriores para constituir un conocimiento científico válido en Política. También para aquellas declaradas extra-usamericanas, en un lamentable calco de los prejuicios que señalábamos con la actitud moderna neoeuropea.

Recordemos, por ejemplo, el momento fundacional que instalara la escuela de Easton y sus seguidores. Desde sus inicios, ésta no ahorró energías para “iniciar” la Ciencia Política haciendo *tabula rasa* - ¡una actitud eminentemente moderna! - con los autores políticos de la antigüedad, intentando demostrar la invalidez de los discursos anteriores a la empresa usamericana para producir *ciencia* en *política*. Esta actitud incluyó autores políticos modernos, personajes de la altura de Maquiavelo, Hobbes o Marx - entre otros tantos -, pues a todos ellos les relevaba de poseer aptitudes capaces para reflexionar seriamente sobre la política, es decir, en un horizonte genuinamente científico.

Pero, como lo señalábamos, estas posiciones no son exclusivas de Easton. Aunque sí hay que advertir que con la naciente *political science* usamericana y sus posteriores desarrollos todos estos rasgos parecen - en la mayoría de los casos - exacerbarse más allá de las prevenciones que característicamente se heredaban de la ciencia política en la época moderna.

No sobraría tampoco recordar que el pensamiento político en la modernidad también habría minimizado las calidades de las reflexiones de la Antigüedad (incluyendo las de la Edad Media), tachándolas de inocuas e inadecuadas para dar con la esencia y la realidad de La Política. Este sentimiento reforzó la tesis según la Ciencia (por lo menos, la ciencia auténtica) era propiedad privativa de los Modernos y su cultura, únicos legatarios de la Razón y sus virtudes, una circunstancia que constreñiría en adelante las posibilidades para constituir una *Ciencia* en la *Política* que llevara consigo una perspectiva diferente. A los antiguos sólo había que reconocerles la dignidad de un pensamiento político en todo caso pre-filosófico o alguna suerte de pre-ciencia política primitiva, salvaje, no evolucionada.

Lo curiosamente paradójico en nuestro relato inicial y que tomábamos como ejemplar a Easton y la *political science* (usamericana) es que al mismo tiempo que ella impugna el valor científico de los pensadores políticos modernos pretendía igualmente encarnar una ciencia política *contemporánea* que, en su contenido y motivaciones, resulta ser abierta

y radicalmente *moderna*. En torno a este anacronismo en la historia de la ciencia política nos reservaremos más tarde un análisis más detallado.

Vistos algunos cismas que aún persisten en el estudio de la Política y siguiendo con nuestra argumentación, la propensión hacia la cientificidad en el discurso político – más allá si resulta simplemente una pretensión exitosa o frustrada - siempre aparece como una exigencia, diríamos, inevitable. Es una condición necesaria en términos abstractos (epistemológicos) para el pensamiento político que, de antemano, permite confirmar los efectos prácticos que de allí se desprenden de cara a la Realidad Política (la efectividad que se deriva de este saber-poder en particular)¹¹.

Vale la pena interrogarse entonces: ¿en qué sentido existe la posibilidad de una Ciencia de la Política, histórica y socialmente hablando?

Con base en esta exploración, podríamos restablecer algunos criterios-guía que en adelante orienten con mayor profundidad nuestra reflexión. Avancemos mediante algunos momentos paradigmáticos de la historia del pensamiento político.

1.3. *Politologías en (retro)perspectiva social-histórica*

Si consideramos la evolución moderna y contemporánea del pensamiento político en perspectiva social-histórica podríamos caracterizar la Ciencia *de la* Política, en primer lugar, como *Politología*¹².

Entre otros, Norberto Bobbio es quien ha puesto de presente que, retrospectivamente hablando, el estudio de la política podría dividirse – sólo con propósitos pedagógicos pues esta división es claramente ficta – en dos opciones didácticamente diferentes: por un lado, la *filosofía política* y, por otro, la *ciencia política* (para nuestros propósitos, la *Political Science*, la cual venimos diferenciándola de nuestra *Ciencia de la Política*)¹³.

Bobbio insiste que estos dos estilos lejos de ser puros pueden distinguirse en varias cuestiones básicas.

¹¹ Un ejemplo puntual de la dimensión práctica del discurso serían las diferentes *tecnologías gubernamentales* de las que habla Michel Foucault.

¹² Me referiré a *politología* como el término genérico del saber/reflexión de *lo político*, que recoge tanto la versión filosófica como la pretendida exposición científica del pensamiento político. Marcel Prelot ha indicado, en una brillantísima reconstrucción del término “politología” y que vale la pena reseñar aquí, la utilidad universal de este neologismo, contra la expresión “ciencia política”, debido a la ambigüedad que éste genera en otros idiomas. Por ejemplo, en Alemania, donde – aprecia Prelot – la traducción de “ciencia política” termina significando “la ciencia politizada”, *Politische Wissenschaft*, impide “la costumbre alemana de nombrar a los profesores”, de acuerdo a su especialidad. Otra virtud, maravillosamente traída por el francés, es que, a diferencia de la *political science*, con la acepción “politología”, ambos términos – *polis* y *logos* – son tomados del mismo idioma. En suma, una versión que, desde la misma expresión, no resulta arbitraria. Prelot, Marcel, *La ciencia política*, Buenos Aires, Tupac-amarú, 1961, p. 13.

¹³ Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Santafé de Bogotá, FCE, 1985. La misma intuición tiene Bourdieu cuando insinúa: “la ciencia social en el sentido moderno del término... en oposición a la filosofía política de los consejeros del príncipe...”. Bourdieu, Pierre, “Génesis y estructura del campo burocrático”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, No. 96-97, marzo de 1993, pp. 49-62.

Por un lado, la *Political Science* emergió sobre ciertos criterios, considerados en su momento “científicos”, entre los cuales podríamos destacar tres: a) el *principio de verificación* (ó *de falsificación*): para la aceptabilidad de sus resultados; b) la *primacía de los nexos causales* y de las *técnicas racionales* en la indagación de los fenómenos¹⁴; c) el *principio de avaluabilidad*: abstinencia de formular “juicios de valor” que puedan consagrar algún tipo de neutralidad de sus conclusiones. Aquí se revela un vaciamiento (detrimento) de las cuestiones subjetivas e ideológicas en nombre de una supuesta objetividad y neutralidad que deifica la tradicional y absoluta separación entre sujeto y objeto, base del conocimiento científico moderno, sobre todo, en su versión clásica.

Por otro lado, la *Filosofía Política* estaría interesada en buscar los principios normativos en la construcción de los discursos políticos¹⁵. O en los términos sugestivos de Bobbio: indagar por la óptima república, el mejor Estado y la legitimidad del poder político.

En este sentido se advertiría una distancia indefendible entre la Filosofía Política *vis-à-vis* la postura “científica” (insistimos, la *Political Science* de raigambre usamericano). Por su misma naturaleza, la Filosofía Política no podría tener un carácter “avaluativo”; como indagación del fundamento último del poder, otro de sus temas de estudio pues no podría pretender “explicar” el fenómeno del poder sino más bien justificarlo - “calificar un comportamiento como lícito o ilícito” - lo cual resulta imposible sin remitirse a valores; como investigación de la esencia de la política estaría alejada del criterio de verificación (o falsificación) empírica pues la presunta “esencia de la política” se desprende de una definición nominal y “como tal no es verdadera ni falsa”¹⁶.

Esta división promovida con el supuesto fin de actualizar la vieja perspectiva de la filosofía política hacia un nuevo tratamiento bajo las pretensiones del discurso científico provocó el efecto colateral de estipular además una división insalvable en el tratamiento de las problemáticas políticas, su método y sus objetos específicos de ocupación y preocupación.

La cuestión “científica” de la política enfrentaría sus problemáticas desde una visión “objetiva” donde axiomas, proposiciones y corpus teórico reflejarían los parámetros de la ciencia moderna en todas y cada una de sus conclusiones. Un proceso que – según la mayoría de los entendidos – se iniciaría con Maquiavelo y que, muy seguramente, terminaría finalmente elaborado a la luz del “éxito” y la “productividad” que han obtenido los sucesivos paradigmas dominantes, desde la revolución sistémica iniciada

¹⁴ Habría que contemplar la afirmación de Bobbio en dos sentidos y, en esa forma, “complementarla”: i) Cuando se habla de “verificación” y/o “falsificación” se está aludiendo a las aproximaciones desarrolladas por el *racionalismo crítico* (deductivo, del tipo Karl Popper) y al *empirismo lógico* (inductivo, del tipo Carnap), no olvidemos, las dos corrientes de la filosofía de la ciencia “clásica”. De allí, ii) garantizar la primacía de los “nexos causales” supondría no sólo la utilización de técnicas “racionales” sino también herramientas “lógicas”; o, si se quiere, considerándolas en conjunto, la hegemonía de herramientas “lógico-racionales” para la indagación de la política. Por lo tanto, la cuestión analítico-empirista, en este caso, es meridiana y no debe aislarse. Cfr. Busshoff, Heinrich, *Racionalidad crítica y política*, Bogotá, Editorial Alfa, 1976, p. 314.

¹⁵ Quesada, Fernando, “Sobre la naturaleza de la filosofía política”, *Filosofía Política I*, Madrid, Trotta, 1997, p. 13.

¹⁶ Bobbio, Op. Cit. (1985), pp. 71-72.

por Easton y que se mantendría incólume hasta los enfoques racionalistas de la política comparada¹⁷.

Sin embargo, sobre este asunto quedan sin resolverse varias cuestiones. Después de un diagnóstico actual, en los inicios del nuevo milenio: la disolución de la Política como “ciencia” y como “filosofía” - y más aún -, su constitución como disciplina autónoma, la *political science* (usamericana) y las posturas clásicas/ortodoxas de la *comparative politics*, ¿están eximidas del debate ideológico que, para ellas, exhibían expresamente las filosofías históricas marxistas o liberales, - por nombrar dos de las varias orientaciones - y que daban tantos “dolores de cabeza” al carácter científico de la misma? ¿Puede decirse que la Política *como* ciencia mantiene una “asepsia absoluta” de cualquier carácter ideológico y puede considerarse con una validez superior a cualquier examen de verificación que pueda establecerse desde otra perspectiva, digamos, la valoración filosófica? ¿La pretendida avaluatividad se puede hacer realidad dentro de la reflexión política?

Creemos que la tensión evidente que se ha venido discutiendo entre ciencia y no-ciencia, ciencia e ideología (ésta, sin más, igualada a la tensión ciencia *versus* filosofía) supone una interrogante central sobre si esta división no es simplemente inexistente y solamente un señalamiento inconveniente formulado si no se evita establecer la discusión en términos concretos, sociales e históricos, en el desarrollo mismo de la disciplina.

El carácter transhistórico de la reflexión de la Política al que apelábamos al iniciar este ensayo, nos permitiría plantear adecuadamente la relación entre *ciencia* y *filosofía* en *política* y restablecer su auténtica dimensión. Sintéticamente: ni el pensamiento político en su versión de filosofía política puede ser “pre-científico” – algo así como una *ciencia política* incipiente – ni la *Political Science* o la *Comparative Politics* alguna suerte de Filosofía Política “evolucionada”.

Acerquemos tres ejemplos sobre el particular.

El primero lo tomamos de la antigüedad griega, sobre todo, por la referencia automática que surge a la hora de hablar de la Política. Aristóteles seguramente es recordado como uno de los pioneros en la formulación de las reglas subyacentes al análisis en política. El consenso sobre el particular es tan antiguo como extendido. No obstante, sus contribuciones generalmente no se incluyen como parte de la ciencia en política. Al Estagirita se le atribuye una aproximación sistemática, profunda y reflexiva de la política pero lejos de ser posicionada como un pensamiento auténticamente científico. Se habla de Aristóteles en estos temas como un “filósofo político”; nunca como un científico de la política¹⁸.

Contrario al sentido común, Aristóteles es un digno y fiel representante de la producción genuina de una Ciencia en Política. Bastaría con analizar adecuadamente su concepción

¹⁷ Rubio Carracedo, José, “La recuperación de la filosofía política”, *Paradigmas de la política*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 34.

¹⁸ Estos calificativos y distinciones desde luego no existían en la Atenas del siglo IV a.C., pero acudimos a ellos sólo con el ánimo de ilustrar nuestra idea.

sobre ella para advertir que el intento aristotélico configura una empresa científica en el sentido más riguroso y potente del término. Veamos.

En su obra más famosa, *Politeia* (traducida en la mayoría de los casos como: *La Política*), Aristóteles se propone descubrir los *principios* políticos (*arkhai*) que rigen el Orden de una comunidad humana. Es decir, un intento riguroso por investigar la naturaleza del ser humano en su realidad concreta. De hecho, los conceptos *Zoon Politikon* (“Ser Político”) y *Politeia* son axiales para dar con esta indagación. Detengámonos en éste último concepto de Aristóteles pues aquí se revela contundentemente cuál es el carácter científico del pensamiento político aristotélico.

La palabra *Politeia* se refiere a la “Constitución Política” y, al mismo tiempo, a la Ciudadanía Política de las ciudades-Estado; desde luego, ésta es una de las raíces de la palabra “Política”. Pero aunque esta traducción literal puede resultar lícita, la interpretación del concepto se ha enrarecido gracias a la adecuación mecánica entre el término y su significado inmediato y, con ello, el sentido real de la voz ha venido agotándose solamente en uno de los tantos sentidos que ella expresa dentro del corpus de la teoría política aristotélica, a veces, sin tener en cuenta la compleja semántica que se deriva del espacio-tiempo en que emerge.

Para hacer inteligible este concepto de Aristóteles hay que bifurcar el término por lo menos en dos direcciones. Por un lado, en el sentido de “la Constitución” (Política), tal y como hoy la entendemos: el máximo orden legal existente en las sociedades. Si se quiere, el entramado legal de los derechos y deberes ciudadanos. Por supuesto, éste era también uno de los sentidos de la palabra *politeia* en la antigüedad griega. Recordemos que las leyes escritas de la ciudad se publicaban en las murallas de Atenas para recordarles a los ciudadanos (*polites*) cómo debían comportarse y qué derechos tenían.

Por otro lado, esta designación evaluada a partir de criterios socio-históricos planteaba otra situación adicional: *Politeia* en tanto “la Constitución” de la Comunidad Política. Esta referencia ahora, situada en un más allá de la dimensión legal que antes mencionamos, condensaba interrogantes del tipo: ¿de qué está *constituida* ó *compuesta* tal o cual comunidad?; ¿a qué *orden* obedece? – en el doble sentido de la afirmación “obedecer” -; ¿qué *instituciones* la conforman?: la co-institución, *constitución* de la comunidad política en términos de sus costumbres, tradiciones, hábitos prevalecientes, etc.; ¿cuál es la *forma* y de qué está *formada* dicha comunidad?: la modalidad y los modos prevalecientes en las relaciones humanas, entre los ciudadanos, etc. En últimas, *politeia* interrogaba sobre ¿cuál es la “naturaleza” de la comunidad política?

Ahora bien, Aristóteles erige su *teoría* en general y la *politeia* en particular - contrario a lo que comúnmente se cree - desde el concepto, si bien “antiguo”, de *movimiento*. ¡Concepto que desarrolla originalmente en su *Física*!¹⁹ El cambio de la realidad (la modificación de su *ser*) como lo proponen sus observaciones y las mismas conclusiones a las que llega en la Física: conocer las causas y los principios constitutivos de la

¹⁹ “Puesto que la naturaleza es un principio del movimiento y del cambio, y nuestro estudio versa sobre la naturaleza, no podemos dejar de investigar qué es el movimiento; porque si ignorásemos lo que es, necesariamente ignoraríamos también lo que es la naturaleza”. Aristóteles, *Física*, Libro III, “El Movimiento”.

Realidad, están plenamente presentes a nivel político. En particular, basta recordar de qué manera el Estagirita analiza las “constituciones políticas”, en el doble sentido de la afirmación, como un ajuste (“equilibrio”, podríamos proponer) entre la naturaleza de las comunidades y sus *nomoi*, las leyes y normas, etc. Es más, en sentido general la motivación de su *epistéme* en política es conocer los *arkhai* (los principios), lo que “gobierna” (*arkhé*) esa realidad (política). Aquí mantenemos también el doble sentido de la afirmación.

En Aristóteles esta “transferencia” es unívoca y sugiere que – como en la *Física* y guardando cuidadosamente las proporciones - la investigación sobre la política es un conocimiento sobre sus fundamentos, y con ello, un saber que en su propio sistema de referencia social-histórico no podría calificarse como un saber débil o inferior sino todo lo contrario: autorizada y sólidamente científico²⁰.

El segundo ejemplo es moderno: Thomas Hobbes. Para nadie es un secreto que el propósito de Hobbes en sus incursiones intelectuales fue construir una verdadera *ciencia social* que permitiera superar las disputas en torno a las cuestiones políticas. Insistimos en que la pretensión hobbesiana era sin lugar a dudas, *científica* aunque para algunos desprevenidos se valora como puramente filosófica. ¿Qué hizo Hobbes?

La Física de Newton es uno de los planos reflexivos desde el cual es posible pensar los problemas políticos para Hobbes. Y aquí nos encontramos ante la política bajo la forma de *epistéme*, ciencia, que bajo el *nuovum methodum* hobbesiano transforma la geometría de los objetos físicos en una geometría de lo social (y de la política, por supuesto) con el fin de descubrir “la naturaleza de las cosas”. No se equivoca Cassirer cuando plantea: “Desde el comienzo mismo de su filosofía, su gran ambición era crear una teoría del cuerpo político, igual a la teoría de los cuerpos físicos de Galileo: igual en claridad, en método científico, en certidumbre”²¹.

Y es que muchas veces no se advierte que en la época de Hobbes la frontera entre *ciencia* y *filosofía* era inexistente²². El siglo XVII la filosofía era abierta y

²⁰ Desde luego, habrá que advertir la salvedad que en la antigüedad clásica la división entre ciencias, como sucede moderna y contemporáneamente era prácticamente inexistente. Aunque la polémica puede ser ardua vale la pena recordar: “(...) *physis* no era una región especial del ente, sino que en la tradición griega designaba todo cuanto existe en el Universo: los astros, la materia inerte, las plantas, los animales y el hombre. El surgimiento en el siglo VI de una ciencia de la *physis*, en este sentido, fue el gran hecho que decidió el destino del pensamiento griego. Lo que la expresión *physei ónta* quería significar en el legado de los jonios es que las cosas provienen y se fundan en la *physis*, que la *physis* es su entidad misma, lo que las hace estar siendo en sus más diversas mutaciones y vicisitudes, que para ser hay que llegar a ser y que la *physis* es el gran protagonista del devenir de lo real, de cuanto es y acontece”. Echandía, Guillermo, *Introducción a la Física*, Gredos, Madrid, 1995, p. 10.

²¹ Cassirer, Ernst, *El mito del Estado*, México, FCE, 1946, p. 196.

²² Guardando las proporciones, esta situación también aplica para el caso de la teoría política de Agustín, de gran impacto (trans)histórico pues la división tácitamente *moderna* entre fe y razón resultaba inocua. En tiempos de Agustín una ciencia que no estuviera basada en la fe racional en el Dios Cristiano, simplemente, era *ficta*. La Ciencia “Pagana” es una contradicción en términos pues no hay camino hacia la verdad por fuera del Dios universal para Agustín. Cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, “Más allá de la Política, menos acá de la Religión. Elementos de los *idolatrix religio* ó en torno a las políticas *religiones políticas*” en: *Espacio crítico* (Bogotá) No. 8. I Semestre de 2008. La división entre los discursos de la *filosofía* y la *ciencia* es una referencia típicamente *contemporánea* que deviene con el surgimiento de las llamadas Ciencias Sociales en el siglo XX.

explícitamente una actividad científica. Por aquel tiempo, los criterios corrientemente aceptados establecían distinciones entre la filosofía científica y otra, considerada “no-científica”.

Y si fuéramos aún más allá, Hegel, por ejemplo, el filósofo por antonomasia de la Modernidad, hablaba de la *Filosofía Especulativa*, la cual lejos de tener como referencia lo que podríamos interpretar hoy como “especulativo” - muy próximo a lo *doxático*, la opinión sin fundamento -, se trataba de una filosofía plenamente científica (ó, si se quiere, una “ciencia-filosófica”, si partimos de nuestro propio lugar y tiempo de enunciación y desde nuestros propios juicios sobre el particular para referirnos retrospectivamente a esta división y mostrar su despropósito).

Ciertamente, Hegel estaba hablando de Ciencia en el sentido más penetrante de la palabra, situación que tenía como objetivo establecer una crítica científica al modelo político de Hobbes a Kant, el iusnaturalismo, en torno a la Ciencia del Estado, la *ciencia política* de su tiempo, un debate que recorre todo el siglo XIX y que, por supuesto, actualmente sigue generando diferentes polémicas que en este momento sobreviven como *clásicas*. Sólo así se entiende que el texto del joven Hegel de 1802 y que precisamente tenía ese propósito, se titulara: “Sobre las distintas maneras de tratar científicamente el derecho natural” (*subrayo*)²³. Para Hegel la gran tarea de la Filosofía estaba en “Comprender lo que *es*” y aprehender “lo presente y lo real” porque *lo que es*, es la razón, una cuestión que sin tener en cuenta una inspección social-histórica del asunto y considerada sólo en abstracto, es decir, imponiendo sin más los criterios que aseguran la división tajante entre filosofía/ciencia, normativo/positivo, “lo que es”/“lo que debería ser”, fronteras que tienen efectos prácticos para otra época, antes que iluminar las reflexiones terminan obscureciéndolas.

El último ejemplo se sintoniza con nuestros tiempos, con ocasión de los prolegómenos de una *ciencia política* en términos de las ciencias sociales contemporáneas. Por supuesto, hablamos de Gaetano Mosca, considerado el “fundador” y promotor original de una ciencia política en el sentido contemporáneo del término. Y es que su obra máxima titulada sin ningún tipo de cortapisas: *Elementos de ciencia política* (en su primera edición de 1898 y en la segunda que data de 1923) logra establecer para la *ciencia política* un estilo apegado a los criterios instituidos del conocimiento científico de su tiempo inscrito en el marco de las nacientes ciencias sociales: una disciplina *positiva y empíricamente* fundamentada.

Mosca, desde un principio, acude a la Historia como una manera de encontrar una “explicación científica” de los fenómenos políticos mediante el *método de comparación*, es decir: el descubrimiento de las leyes constantes que regulasen el nacimiento y la decadencia de los Estados. Más exactamente: la meta de la Ciencia Política sería averiguar las “leyes psicológicas constantes” que determinan la acción de

²³ Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Sobre las distintas maneras de tratar científicamente el derecho natural: su lugar en la filosofía práctica y su relación constitutiva de la ciencia positiva del derecho*, Madrid, Aguilar, 1802 (1979).

las masas” – ó, como lo amplia Bobbio – derivar “leyes que regulan la vida de los organismos políticos”²⁴.

Estas “leyes”, inmutables y constantes - para Mosca y los espíritus científicos de su tiempo – emanarían de la *comparación histórica*, y ésta, en el horizonte de las nacientes ciencias sociales contemporáneas, aparecía como una práctica *homóloga* a la posibilidad que brinda el experimento científico en las ciencias naturales²⁵. Pero, como en los casos anteriores, Mosca si bien ocupa un lugar destacado en la historia de la disciplina – así en Aristóteles o Hobbes – el italiano es considerado un gran pensador nunca un científico de la política. En los reconocimientos menos injustos es tratado como un precursor - algo así como un proto-científico – de la *ciencia política* que en el desarrollo del siglo XX, con el epílogo usamericano de la *Political Science*, le adjudicara a Easton el título de Padre Fundador de la Ciencia Política.

Lo importante para resaltar, nuevamente, es que la pretensión de científicidad es una invariante que orienta la producción de conocimiento y discurso científico en política que estaría fuera de toda discusión, desde luego, si se mantiene con recelo el tiempo y la época histórica de los autores y no simplemente se evalúa arbitrariamente *ciencia* por un lado y *política*, por el otro.

Al final de cuentas, lo que se concluye de estas incursiones, todas ellas bastante representativas de la historicidad de la disciplina, es que tendríamos que hablar de una *ciencia de la política* en la cual han hecho presencia tanto “ciencias-filosóficas” como, al mismo tiempo, “filosofías-científicas”. Es decir, ciencias *matizadas filosóficamente* y filosofías *matizadas científicamente*. No existen razones para validar la escisión entre ciencia y filosofía, mucho menos si lo que se intenta contraponer es “ciencia/anti-ciencia”, en el estudio de la política.

El reciente mote de “ciencia política” y que ha sido reservado exclusivamente para *una* ciencia-filosófica en específico: la *Political Science* (insistimos, bajo coordenadas de enunciación espacio-temporal específicas e imposibles de universalizar sin más: tradición anglosajona y últimamente, de cuño usamericano) y recientemente para algunos enfoques de la *Comparative Politics* definitivamente es un prejuicio restrictivo. Sobre todo, inconveniente y limitativo.

Queda claro que dos de los soportes epistemológicos por excelencia de la ciencia política usamericana y la política comparada: el positivismo (racionalista) y el empirismo (lógico), sólo pueden ser valorados como *dos opciones filosóficas* entre

²⁴ Mosca, Gaetano, *La clase política*, México, FCE, 1995 [Título original: “Elementos de ciencia política”, selección de Norberto Bobbio; versión de 1897, complementada por la 2ª edición de 1.923], p. 10.

²⁵ Ibidem. Cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, “Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual” en: *Espacio crítico* (Bogotá) No. 2. I Semestre de 2.005 y “Marxismos y elitismos: de Karl Marx a Gaetano Mosca (y más allá). Los conceptos de clase dominante y clase política” en: Estrada Álvarez, Jairo (comp.), *Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

muchas otras aunque corrientemente se confundan y se igualen cándidamente a “la ciencia” *stricto sensu*²⁶.

Hay que advertir subsidiariamente que tanto la filosofía como la ciencia en este recorrido trans-histórico por el pensamiento político comparten un elemento característico: la prerrogativa de la lógica-racional como *la vía* para abordar el complejo mundo de la Política. Un aspecto que se exagera desde la época moderna, planteando en la mayoría de los casos abusos.

Por esta razón, desde un principio planteamos una “Polito-logía” – categoría que siguiendo su etimología original significa: “una aproximación a la Política a través de la lógica (racional)” – que ha venido desechado grandes oportunidades para acceder a maneras diferentes y alternativas de penetrar la realidad(es) política(s). Una situación que la mantiene hoy en una fosilización poco favorable y ambigua²⁷.

En una época en que las críticas hacia las formas clásicas del saber, la razón (instrumental) y la lógica (formal) arrecian y hasta constituyen un lugar común en las ciencias sociales, la politología estaría en deuda de adentrarse en estas temáticas.

Para no saturar las provocaciones en este sentido resulta bien sintomático notar que inclusive al interior de estas mismas posturas intelectuales, perennes defensores de estas apuestas como Giovanni Sartori han señalado recientemente que la disciplina “científica” de la política se encuentra en un marasmo, fruto – entre otras cosas - de su incapacidad de superar convenientemente el hiperracionalismo y el empiricismo, haciendo que la disciplina se encuentre en una especie de sin-salida²⁸.

Los paradigmas reinantes en *la* Ciencia en general y que han servido como claves guía para la posibilidad de un conocimiento científico en Política han estado muy próximos, primero, a la Física “antigua” en el caso de Aristóteles y después, con el influjo indiscutible desde la Física Moderna (newtoniana, digamos) en Hobbes. En el caso de Mosca y sus investigaciones en torno a ¡la *vida* política de los *organismos* políticos!, bajo el influjo de la física newtoniana y también desde los descubrimientos de la biología de su época. ¿Por qué? ¿Cuál es la razón de esto? ¿Casualidad?

La física dentro de las ciencias naturales ha ocupado un lugar preponderante en vista de que ha realizado, por decirlo de alguna forma, la *crítica ontológica de la realidad*; es

²⁶ Estas dos tradiciones influyentes en la confección de la *Political Science* han desarrollado vínculos privilegiados con el estatuto epistemológico de la teoría económica dominante de tradición neoclásica (y específicamente ¡angloamericana!) hoy en decadencia, epistemológicamente y concretamente hablando. Cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, Op. Cit., 2009.

²⁷ Puello-Socarrás, “El mito de La Política: entre filosofías logomíticas y ciencias mitológicas – interpelación desde la producción de subjetividades mítico-políticas” en: *Ciencias Sociales. Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas* (Quito: Universidad Central del Ecuador) No. 23, II Trimestre de 2.005. Ediciones Abya-Yala.

²⁸ Sartori, Giovanni, “¿Hacia dónde va la Ciencia Política?”, *Política y Gobierno*, Vol. XI, No. 2, II Semestre de 2004, pp. 349-354. Otros entusiastas han querido ver en esta crisis en una suerte capitulación, una *muerte* de la disciplina. Esta cuestión que relativamente compartimos en su argumentación la rechazamos en su provocación. Cfr. Cansino, César, *La muerte de la Ciencia Política*, Buenos Aires, Suramericana, 2008.

decir, la pregunta sobre el “cómo es”/”por qué es” así la Realidad (física, desde luego). La Biología, subsidiariamente, se ha concentrado en el problema del *bios*, la vida, un atributo que, por lo menos contemporáneamente, nadie niega para la *vida* política y los *organismos* sociales que la protagonizan²⁹.

Estos desarrollos científicos han devenido centrales en la forma cómo las ciencias humanas y las ciencias sociales han querido “imitar” sus nuevos alcances y, recientemente, con la nueva cosmovisión que ha emergido.

La Ciencia *de la* Política, en su primera versión de *politología* (filosofía política y ciencia política de profundo compromiso lógico-racional y empírico-positivista) no puede ser la excepción.

Vimos algunos detalles sobre la influencia de los avances científicos desde las ciencias “duras” en el campo intelectual de la política. Esta discusión no está (ni estará) ausente sino que, por el contrario, debe someterse a la orden del día. En otros casos que podemos sentir más que cercanos a nuestra disciplina: la Antropología, la Sociología o la Psicología, el uso estratégico de estas aportaciones muestran crecientes e interesantes resultados.

Sin embargo, el panorama en nuestra disciplina parece ser la tozudez recalcitrante en la que continúan sumergidas las opciones hegemónicas y dominantes en ciencia política, las cuales siguen negando la oportunidad para convocar muchos de estos aportes: *otras lógicas*, *otras razones* (desde la Física Contemporánea y la Biología, digamos) que deberían ser considerados para incorporarse estratégicamente en el conocimiento de la *realidad* - política, desde luego - y lograr ‘actualizar’ nuestra disciplina.

En qué medida y cuáles son los aportes que desde las ciencias naturales *contemporáneas* pueden abrir caminos alternativos para dejar atrás falsos prejuicios y alcanzar una ciencia de la política a la altura de los desafíos actuales es el tema del siguiente apartado.

2. Aportes estratégicos e implicaciones teóricas del ‘nuevo horizonte’ científico

Citando un texto de Eddington, el profesor Michel Maffesoli ilustraba en una de sus obras, una anécdota bastante provocativa para nuestros propósitos:

(...) Primero debo luchar contra la atmósfera que ejerce presión sobre cada centímetro cuadrado de mi cuerpo con una fuerza de 1 kg. Enseguida debo tratar de aterrizar sobre una plancha que gira alrededor del sol a la velocidad de 30 km por segundo; una fracción de segundo de atraso y la plancha queda a miles de kilómetros de distancia. Además la plancha no es de materia sólida. Si plantarse sobre ella quiere decir poner el pie sobre un enjambre de moscas... Es verdad, es

²⁹ Resulta irónico: mientras Mosca, por dar un ejemplo presente en los denominados “filósofos especuladores, pre-científicos”, hablaban de la política en términos de la vida; Mosca, estrictamente de los *organismos políticos* – ¡los organismos se entienden en términos de “lo viviente”, entidades reales! -, la pretendida ciencia política dominante habla de *sistemas políticos*, es decir, un “esquema” que sólo pueden entenderse en clave de “(fríos) mecanismos”: ¡sin vida!

*más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un físico atravesar el umbral de su puerta...*³⁰

En un reciente artículo acerca de los avatares de la Ciencia Social en el nuevo milenio, Atilio Borón, intercalando algunas de las reflexiones que hemos venido presentando hasta ahora, valoró el significado del famoso *Informe Gulbenkian* dirigido por Wallerstein a propósito de la actual crisis de la ciencia social.

Allí sugieren - Wallerstein y Borón - que ante la radical y prometedora apertura epistemológica del *nuevo espíritu científico* - por utilizar una expresión de Gastón Bachelard - una de las tareas urgentes de las ciencias sociales hoy estaría en profundizar críticamente los nuevos planteamientos y las recientes formulaciones del conocimiento en general para que puedan ser integradas en el marco del conocimiento social actual.

Sin embargo, y más allá de las valiosas conclusiones a las que llega Borón, lo decíamos, parece que los nuevos conceptos y concepciones, sobre todo los provenientes de la física cuántica (v.gr. teoría del caos, atractores, no-linealidad, etc.), quedarían sin ningún tipo de relevancia específica en el terreno de las ciencias sociales. Es más, tal y como se pregunta Borón respecto a la teoría del caos y para el caso de las situaciones sociales en específico: ¿hasta qué punto la novedad podría traducirse en una base ideológica para superar las actuales dificultades que atraviesa la teoría social?

En nuestro criterio, los nuevos avances no deben obstaculizar - como en la anécdota de Maffesoli, cuando un físico pretende cruzar el umbral de su puerta - sino más bien facilitar la comprensión de la realidad, en nuestro caso, la política.

La exigencia de sistematizar nuestra creciente complejidad histórico-social y abandonar definitivamente la simplificación simplista de las posturas de antaño (tanto las pretendidamente universalistas como la exageradamente particularizantes) es obligante. Para ello se exige imaginación científica. *Complejizar* (articulando sus distintas dimensiones y realidades, en plural) y no *complicar* al extremo nuestras preocupaciones; o, para parafrasear a Edgar Morin, el desafío está en *tener la cabeza bien puesta, no llena*. Y es que la virtud de los nuevos aportes de las ciencias contemporáneas (como la física cuántica ó la biología) deben ser cuidadosamente sopesados para evitar caer en el quietismo paralizante (incluso, fatigante) que, bajo otros signos, hemos venido denunciando.

Siguiendo esta clave y con la oportunidad que sugiere este debate para la *Ciencia de la Política* urge articular los elementos conceptuales y aprehender los significados epistemológicos y heurísticos que la tópica científica de los nuevos tiempos ofrece. El propósito sería poder liberar a la politología en singular y a las ciencias sociales en plural del actual marasmo y convocar una disciplina mejor preparada para el presente y hacia el futuro.

Exploramos enseguida entonces dos cuestiones que consideramos hoy centrales. Ambos ejemplos ofrecen luces sobre distintos aportes epistemológicos en relación con los factores simbólicos y la producción cognitiva, de sentido(s) y significados que son

³⁰ Maffesoli, Michel, *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*, México, FCE, 1993, p. 55.

cruciales a la hora de permitirse abrir una dimensión que, sin negar únicamente los parámetros tradicionales de la lógica formal y la razón instrumental presentes en la ciencia tradicional, puedan orientar nuevos usos y herramientas para forjar una consciencia menos recalcitrante a la hora de aproximar las realidades políticas y, ojalá, reconstituir el pensamiento, el conocimiento y la teoría política integralmente³¹.

Una de las razones para poner a tono la semántica de la ciencia y dar al traste con la ingenua ilusión del carácter científico en el metarrelato que ha impuesto de la *political science* dominante convoca una reflexión en torno al significado de hacer ciencia hoy y preguntarnos ¿cuál es el *fundamento epistemológico* de la tónica científica actual?

El tema, por supuesto, resulta ser tan extenso como denso para desarrollarlo en unas pocas líneas.

Sin embargo, ensayamos en seguida una especie de síntesis sobre lo que parece estipular la actividad científica para el siglo XXI y que puede compendiarse en una frase que atrapa y conceptualiza la producción del pensamiento más contemporáneo: *una nueva visión del mundo*.

2.1. La teoría de Santiago: La Complejidad y la dimensión social-cognitiva

La obra de Fritjol Capra, entre muchos otros, ha estado atenta a proporcionar un marco pertinente e innovador para lograr conectar las profundas implicaciones sociales de los principios científicos más recientes³².

Capra advierte que para comprender *la vida* (sea ésta biológica o social pues existe una continuidad probada y evidente) las últimas teorías han acudido a la noción de *dinámica no lineal* o como más comúnmente se le conoce: teoría de la complejidad.

Y es que definitivamente este es uno de los aspectos que más raya y contradice la supuesta actualidad del estatuto epistemológico de la *politología* en su versión de *Political Science*. El tono cientista bajo el cual se constituyó la ciencia política usamericana y que, sigue siendo particularmente influyente en el marco epistémico hoy, reivindica exclusivamente el rancio paradigma de la simplicidad, el cual hoy no sólo resulta anacrónico sino sumamente obsoleto³³.

De la mano de la *complejidad* se postulan “tres perspectivas de la vida”, cada una de las cuales están presentes en la naturaleza de los sistemas vivos: a) el “patrón de

³¹ Un buen ejemplo de transformación lo ha propuesto Elster y sus estudios sobre “lógica modal” y su aplicación al mundo de lo social. Cfr. Elster, Jon, *Lógica y Sociedad: contradicciones y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa, 1.978 (2.006).

³² Me refiero particularmente: *El Tao de la Física*, Madrid, Luis Cárcamo, 1.984; *El punto crucial*, Barcelona, Integral, 1.985; y, *La trama de la vida*, Barcelona, Anagrama, 1.998. Específicamente, desarrollaré la argumentación de Capra presente en: *Las conexiones ocultas: Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*, Barcelona Anagrama, 2003, en su tercer capítulo (Parte I): “La realidad social”, pp. 103-130.

³³ Para un análisis de la anacronía y obsolescencia de la *Political Science*, cfr.: Puello-Socarrás, José Francisco, “La dimensión cognitiva en las políticas públicas. Interpelación politológica”, *Revista de Ciencia Política* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) No. 3, Enero – Junio de 2007, pp. 70-76.

organización” ó *forma*: la configuración de las relaciones entre sus componentes que determina las características esenciales del sistema; b) la “estructura” ó *materia* del sistema ó la “encarnación física” de su respectivo patrón de organización; y, c) el *proceso vital* o simplemente el *proceso* continuo de encarnación³⁴.

En lo fundamental esta síntesis reconoce que cualquier fenómeno biológico necesariamente incorpora estas tres perspectivas:

(...) las tres perspectivas de la naturaleza de los sistemas vivos antes mencionada corresponden al estudio de la forma (o patrón de organización), de la materia (o estructura material) y del proceso... Al estudiar los sistemas vivos desde la perspectiva de la forma, descubrimos que sus patrones de organización son los de una red autogenética. Desde la perspectiva de la materia, la estructura material de un sistema vivo es una estructura disipativa, es decir, un sistema abierto que opera lejos del equilibrio.

Y continúa Capra:

Finalmente, desde la perspectiva del proceso, los sistemas vivos son **sistemas cognitivos**, en los que el proceso de cognición está íntimamente ligado al proceso de autopoiesis...³⁵ (*subrayado y negrilla por fuera del texto*).

Aquí el reconocimiento de la dimensión cognitiva es un hecho capital.

Este elemento merece una mayor consideración en la medida en que se extienden las implicaciones sociales de los sistemas vivos. En *lo social* – entendido en su máxima expresión como lo plantea Capra – tendríamos que entrar a considerar una *cuarta perspectiva* adicional que es inapelable para la comprensión de estos fenómenos: la cuestión del significado.

Al tratar de extender la nueva comprensión de la vida al ámbito social, nos encontramos de inmediato enfrentados a una increíble multitud de fenómenos – normas de conducta, valores, intenciones, objetivos, estrategias, diseños, relaciones de poder... - que no tienen papel en el mundo no humano, pero que son esenciales en nuestra vida social. Sin embargo, todas esas facetas de la realidad social comparten una característica básica común (...) la comprensión de la consciencia reflexiva... inextricablemente vinculada a la del lenguaje y su contexto social. Este argumento puede ser expresado a la inversa: la comprensión de la realidad social está inextricablemente vinculada a la de la consciencia reflexiva³⁶ (subrayo).

Hasta el momento pretendemos enfatizar éstas dos últimas dimensiones: la cognitiva y la hermenéutica (significado/sentido) pues ambas son constitutivas - y sin las cuales sería impensable - “lo social”.

Esta referencia a pesar de la novedad en esta exposición ya había sido enunciada desde la biología por Humberto Maturana y Francisco Valera y que hoy se conoce como la

³⁴ Capra, Fritjof, *Las conexiones ocultas: Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*, Barcelona Anagrama, 2.003, p. 103.

³⁵ Ibidem, p. 104.

³⁶ Ibidem, p. 106.

Teoría de Santiago de la cognición. Esta postura identifica el proceso de conocimiento con el proceso de la vida (“la cognición es el proceso mismo de la vida”³⁷).

Este argumento cobra mucho más valor heurístico cuando se recuerdan las contribuciones hechas antes desde la sociología del conocimiento de Wright Mills ó de Berger y Luckmann o las del mismo Pierre Bourdieu y su *estructural-constructivismo*. Sin embargo, haciendo memoria, los aportes instalados por estos pensadores simplemente es haber rescatado adecuadamente propuestas que para la teoría dominante simplemente eran vestigios obsoletos de la filosofía decimonónica, del tipo Marx, Nietzsche o Freud, o un exotismo promovido por la incómoda antropología desafiante (pienso entre otros en Lévi-Strauss).

Pero la conclusión paradigmática de estas tentativas es poner de relieve *la construcción social de la realidad*. Máxima que también “puede ser expresada a la inversa”: *que – tal y como habíamos anunciado – la realidad se construye socialmente*³⁸.

Las consecuencias inmediatas de lo anterior siguen tornándose todavía más relevantes cuando se reconoce la existencia de una dimensión social - a la vez cognitiva y hermenéutica, es decir, simbólica - en la construcción de la Realidad que no es otra cosa que vindicar, por un lado, el supuesto carácter objetivista (ó en el otro extremo, subjetivista; en todo caso, la separación radical entre el objeto y el sujeto) en la realidad social. Al mismo tiempo y por el otro lado, reivindicar el papel de las ideas, los valores, las actitudes, los referentes culturales, las representaciones, los imaginarios y las mentalidades sociales. Vale decir, mundo(s) otro(s) y radicalmente diversos que hacen parte de las realidades sociales múltiples.

Aquí de lo que se trata es incorporar *los marcos de producción del mundo* (en su dimensión de “orden”, “organización”, en últimas, la realidad política, para nuestro caso) y *los marcos de interpretación*, es decir, la producción de sentido (precisamente, para que ese “mundo”, tal “orden”, se tornen *significativos*, tengan un significado y sean realmente efectivos) como dimensiones constitutivas e inexcusables en cualquier consideración sobre la dimensión social³⁹.

De lo anterior también se deriva otra cuestión. La realidad en igual sentido se *constituye* políticamente. *Construcción social, constitución política de la Realidad*. Dos proposiciones que el estudio de la política no puede extraviar como allende la normalidad funcional-formalista – tan exigida por el discurso cientificista de la *political Science* y sus sucedáneos – se permitía en torno a su tesis sobre un mundo “neutral” que opera simplemente con intereses objetivos sin permitirse ir más allá de la complejidad constitutiva de lo real y su dimensión socio-política, siempre enaltecida y enriquecida

³⁷ Ibidem, p. 61.

³⁸ Puello-Socarrás, José Francisco, *Política: Mito, Filosofía y Ciencia. Desde la politología hacia la mítico-política*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia – UNIJUS, 2006.

³⁹ Lo que llamamos *realidad social* – plantea Žižek - es una “construcción ética” que se apoya en un *como si*, en la *objetividad de la creencia*. Pues, tan pronto se pierde la creencia (no como un mero psicologismo, ya que esta creencia *se objetiva, se materializa* en el funcionamiento efectivo del campo social) “la trama de la realidad se desintegra”. cfr. Žižek, Slavoj, “¿Cómo inventó Marx el síntoma” en Žižek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, México, FCE, 2000; *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003 y *The parallax view (shorts circuits)*, Cambridge, MIT Press, 2006.

constantemente por fenómenos cognitivos, interpretativos, imaginarios distintos a los concebidos como “naturales”, “normales”, “civilizados”.

Estos hechos reclaman no olvidar que La Política retiene un carácter diversal, es decir, *diverso* e imposible de censurar desde cualquier *universo* particular o absoluto como sucedió con la realidad moderna neoeuropea o la contemporánea angloamericana que dictaba, de una vez y por todas y *ad infinitum* La Realidad (humana, social, económica y desde luego, política) *universal* y *unívoca*.

Esta es una herencia que ha estado bien anclada en la modernidad y, por supuesto, el pensamiento político contemporáneo no ha sido la excepción.

2.2. El Espíritu de Córdoba: la dimensión simbólica⁴⁰

No es un secreto entonces que vivimos en medio de una profunda modificación de las perspectivas metodológicas y epistemológicas fruto del desarrollo científico y filosófico del siglo XX y que las ciencias sociales - incluida la politología - encaran en el naciente milenio.

En esta nueva tónica, la física contemporánea – denominada también “cuántica” – ha sido protagonista de la subversión del consenso epistemológico de la ciencia clásica. Una de las características de este movimiento – tal y como lo planteó Gastón Bachelard, casi un siglo atrás – y de la mano del “efecto Córdoba”⁴¹ y los nuevos descubrimientos suscitados a partir de los trabajos de Einstein, Bohr o Heisenberg e igualmente de von Foerster, Lupasco o Morin, por nombrar algunas referencias, puede sintetizarse de la siguiente manera:

(...) invita al investigador a la humildad, probándole que el “objeto” no es tan objetivo como tal, que depende del sistema que lo manifiesta (teoría de la relatividad) y del procedimiento ineluctable de observación o, mejor aún, de instrumentación al cual está sometido (“relación de incertidumbre” de Wesner Heisenberg). Como lo subraya Bernard d’Espagnat, se abandona un concepto imperialista “de objetividad pesada” para situarse en una objetividad “oculta” por las relatividades, ligada al observador y a su observatorio⁴².

Diversas concepciones que han evolucionado frente a los tabúes tradicionales de la ciencia moderna, prueban sostener enseñanzas transferibles a nuestra propia actividad intelectual. Por ejemplo, frente a la noción de espacio.

El pensamiento científico clásico sitúa los objetos sobre coordenadas que los singularizan y los separan. En la mirada contemporánea, muestra D’Espagnat, por el contrario, cuando por ejemplo se emite “un solo” fotón y se pone como blanco de un

⁴⁰ Con base en: Durand, Gilbert, “Epistemología del significado”, *Mitos y sociedades: introducción a la metodología*, Capítulo II, Buenos Aires, Biblos, 1996, pp. 43 y ss.

⁴¹ Se trata de las conclusiones extractadas del famoso “Coloquio de Córdoba” celebrado en 1979 y en donde – recuerda Durand - “por primera vez en siglos la física más moderna se sentaba en la misma mesa del convite con los antropólogos y los poetas”. Allí se dieron cita intelectuales de las ciencias “exactas” (físicos, astrofísicos, neurólogos, etc.) con *gente* de las ciencias “inexactas” provenientes de la antropología y la psicología que llegaron a muchas de las conclusiones que aquí presentamos.

⁴² Durand, Gilbert, *Mitos y sociedades: introducción a la metodología*, Buenos Aires, Biblos, 1996, p. 50.

objetivo, digamos, más de un agujero (dos o mil, da igual) en una pantalla, “lógicamente” se pensaría que el fotón pasaría por *uno sólo* de esos agujeros. No obstante, el fotón pasa efectivamente *por los dos, los cien o los mil agujeros* preparados. ¿Qué es lo que sucede? El fotón se difracta. Manifiesta ubicuidad ya que al mismo tiempo puede estar en “dos, cien o mil lugares” del espacio a la vez (principio de “la no-separabilidad” de d’Espagnat). Esto lejos de ser un misterioso truco publicitario es un hecho empírico y experimental de ¡la física actual! Así funcionan nuestros televisores.

Heisenberg, igualmente, ha probado que si se quiere localizar (inmovilizar) un corpúsculo (un electrón en órbita alrededor del núcleo atómico) se pierden sus cualidades físicas ya que el electrón obtiene la energía física de su cinética alrededor del núcleo: si se lo inmoviliza para identificarlo pierde sus cualidades. Entonces, en este ejemplo, hay que elegir: o se inmoviliza, o se guardan sus propiedades energéticas pero de esta manera se pierde su “lugar puntual” en el espacio del átomo (ecuación de incertidumbre de Heisenberg). Aquí también, como en el principio de *la “no-separabilidad”*, se incita re-pensar “la noción de identidad”. ¡El “dogma” de la epistemología y la filosofía hasta el siglo XX!

Más coloquialmente: se denuncia la imposibilidad de separabilidad de *sujeto y objeto* - ¡base del conocimiento *objetivo* clásico y paradójicamente denunciado como *el* obstáculo ideológico de la filosofía y el postulado que garantiza la ciencia (moderna)! - pues si se separa el sujeto de su objeto, ninguno de los dos al final de cuentas *existe* pues ellos se constituyen recíprocamente.

Estas evidencias echan por la borda las supuestas virtudes de la organización de la realidad derivadas de la lógica formal y la razón (uni)causal que establecían parámetros de validez dicotómica del tipo: verdadero/falso, bueno/malo y, recordemos, en terminología política: gobernantes/gobernados, etcétera, para explorar con legitimidad una razón simbólica, axiológica en los marcos epistémicos pero, con mayor relevancia aún, en las realidades sociopolíticas mismas⁴³.

Ahora, ¿qué consecuencias suponen estos “descubrimientos” – entre muchos otros - para los propósitos que aquí aspiramos?

La nueva tópica de la física contemporánea cuando fisura el pensamiento común de la modernidad clásica refuerza al mismo tiempo la dimensión simbólica y la efectividad del símbolo en la ontología de la realidad. En lo fundamental, como antes proponíamos, la producción de sentido, imposible si se separa el objeto del sujeto, o cuando se mantiene sin más justificaciones la verosimilitud de la objetividad absolutista. En términos políticos: el papel dinámico de la *ideología* (en su versión amplia de *cosmovisión*) en la constitución de realidades políticas y sociales y también en la producción misma de las teorías, concepciones, metodologías, paradigmas, etcétera⁴⁴.

⁴³ Cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, *Política: mito, filosofía y ciencia. Desde la politología hacia la mítico-política*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

⁴⁴ Nos referimos a “ideología” en el sentido en que derivamos este elemento anteriormente, *cosmovisiones, producción de sentido, lo cultural, etc.*, lejos de las referencias tradicionales que lo igualan simplemente como “ideas” o “doctrina” abstractas.

Recuerda Gilbert Durand que René Thom sugirió al *símbolo* como *la coherencia de dos tipos de identidad diferentes* (“coherencia” en el sentido físico del término: dos cosas pueden ser puestas juntas sin que haya exclusión). La frase, a primera vista – para el pensamiento dicotómico clásico y que tanto influjo tiene en las maneras “científicas” de pensar la política – sería *paradójica* pues desde el conocimiento tradicional es imposible que existan dos principios de identidad (el tercero excluido de la lógica formal aristotélica).

Pero estos dos principios de identidad permitirían acceder simultáneamente:

- i) Un principio de “localización” ó *simbolizante: la simbolización llama al sentido por un nombre, una imagen, un concepto, el cual así denominado, remite a un léxico* que “localiza”, a su vez, un tiempo (o un espacio), *el más trivial*. A esto se le ha denominado *perfil* (Bachelard) e *identidad de localización* (Thom).
- ii) Un principio “No localizable” ó ubicado en *lo simbolizado* – la identidad de *no-separabilidad* según Durand – que consiste en la “colección no localizada de cualidades, de los epítetos que describe y define un objeto”⁴⁵.

Ambos principios - plantea Durand - “están ligados”, es decir, son perfectamente *coherentes* en tanto “cada una de estas identidades no se da más que por la otra”⁴⁶.

Esto precisamente remite a la dimensión de “lo simbólico” que la modernidad racionalista y la contemporaneidad que la exacerba ha negado histórica y sistemáticamente le ha negado como posibilidad de alcanzar el status de lo científico y, por lo tanto, productiva.

Entre otras cosas porque la relación *sujeto-objeto* aquí es *inseparable*:

(...) En el símbolo, lo inexpresable del simbolizado, necesita del medio de expresión del simbolizante. Viceversa, todo simbolizante no adquiere sentido más que remitiendo a lo inexpresable que él simboliza... El sentido inexpresable se expresa localizándose pero toda localización lexical, incluso reducida a la más estrecha semiótica, necesita, para no ser imbécil, cargarse del sentido...

Por esto, la *concepción de objeto* desde estas incursiones permite afirmar:

(...) El objeto simple, localizado “clara y distintamente”, ya no tiene esta “objetividad pesada” que tenía para Galileo, Descartes, Newton, Avogadro o Lavoisier. Ese objeto se destaca – otra expresión de d’Espagnat – de lo “real velado”. Yo agregaría que está “velado” por su carga más grande de semanticidad. Por eso incluso es más complejo: “el otro lugar” es más complicado que “el aquí-ahora” de las localizaciones espacio-temporales. Porque, por definición, “el otro lugar” funda la alteridad, funda la dualidad que es el incentivo de todas las pluralidades...⁴⁷

⁴⁵ Durand, Gilbert, Op. Cit. (1996), p. 54.

⁴⁶ Idem.

⁴⁷ Ibidem, p. 50.

La dimensión cognitiva y simbólica justamente es lo que los análisis políticos sustentados en la hegemonía dominante sobre todo y de la mano de la exacerbación logico-racionalista imperante han omitido (o minimizado) metódicamente.

Desde luego que esta elección no ha sido simplemente intelectual, eminentemente erudita o simplemente epistemológica. Tiene que ver con la productividad política del saber-poder en términos de la construcción de las realidades sociales y la constitución de las realidades políticas, por decirlo de alguna forma, *in vivo*.

Estaría fuera de nuestro alcance seguir desarrollando las varias aplicaciones específicas de estos giros epistémicos para la Ciencia de la Política. Sin embargo, esta miscelánea de alusiones podría contribuir hacia la apertura de otros horizontes y la renovación de las actitudes, métodos, temas, diseños e investigaciones⁴⁸.

Lo que sí parece percibirse de todo esto es que si queremos innovar las comprensiones habrá que subvertir la politología en alguna otra cosa. Una nueva actitud científica basada en una nueva tónica tampoco significa hacer tabula rasa con lo hasta aquí conseguido. Aunque sí derivar en alerta críticamente con el fin de apostar por una Ciencia de la Política que, dialécticamente con su pasado, sea capaz de enfrentar los desafíos actuales y específicos más urgentes.

Desafortunadamente estas tesis han sido más bien poco advertidas en sus alcances y consecuencias epistemológicas más profundas. Apenas hasta tiempos recientes estas ideas han venido siendo involucradas en las discusiones y debates y, no obstante los avances son lentos, auguran ser en el futuro muy consistentes⁴⁹.

3. Tres postulados perniciosos que la Ciencia de la Política debe abandonar

Parafraseando a Tilly, en la politología actual subsisten algunos *postulados perniciosos* – particularmente, en su versión de “ciencia política” - que impiden su liberación y que, como en la presente crisis de las disciplinas intelectuales, no se trata sino del síntoma revelador que el trance es el reflejo del malestar de sus profesantes.

Nos parece importante pues destacar algunos de los desafíos a los que se aboca una Ciencia de la Política de cara al siglo XXI.

⁴⁸ “Mandar, obedeciendo”, sólo por dar un ejemplo, es epistémicamente imposible de acceder o pensar desde “lo tradicional”; es simplemente ininteligible, en tanto el pensamiento/conocimiento político basado en la lógica formal y, por lo tanto dicotómico, impide reflexionar en esta doble identidad ¡que es completamente verosímil y real! Es más, uno de los axiomas más generalizado en *ciencia política* – recordemos a Mosca – impone: “gobernantes / gobernados”, o se manda o se obedece, nunca ambas “al mismo tiempo”. ¡Un axioma! Esta manera de conocimiento singulariza identidades y en general no permite pensar dinámicamente las problemáticas del poder más versátilmente y, como se dijo, la alteridad. Ni qué decir de nuestra intuición acerca de la *evaluabilidad* que anteriormente comentábamos.

⁴⁹ Las razones pueden ser múltiples. Principalmente, creemos, debido al perfil intelectual y académico que ha dominado el campo del pensamiento social hegemónico, al cual le ha sido funcional un saber-poder específico emparentado con el *Paradigma de las Luces* y una ciencia asentada en el determinismo y en los sistemas cerrados, en las matemáticas globalizantes y el axiomatico lógico-deductivo, que, como lo planteara así alguna vez Michel Serres, “ha estado aliado a las grandes maquinarias de guerra” que son los Estados-nacionales, los Estados-razón. Serres, Michel, *El nacimiento de la Física en el texto de Lucrecio*, Valencia, Pre-textos, 1977, p. 9.

Este inventario antes que pretender ser exhaustivo intenta enlistar algunos temas básicos que exigen ser repensados con urgencia para reconstruir el conocimiento en política con lo que ello significaría en términos de *nuestras* realidades.

3.1. La fosilización científicista

Ante todo, habría que salir de la *fosilización científicista*⁵⁰. La teoría política tiene por responsabilidad establecer pautas de análisis de la Política en todas y cada una de sus dimensiones y realidades. Esta cuestión que suena a primera vista abstracta – incluso immaculada – resulta ser muy concreta pues se refiere a las prácticas realmente existentes.

Una introducción *política* del pensamiento político y su teoría parece ser un primer paso. Reconocer que *toda* teoría política es a su vez política y que la producción y reproducción de conceptos, nociones, perfiles epistémicos, etcétera, no sólo advierten sobre la diversidad de visiones en torno a la política sino también los compromisos políticos y las responsabilidades intelectuales (implícitos y explícitos) y sociales que la activan.

El científicismo imperante en la politología, sobre todo en su versión de *Political Science* (ciencia política usamericana) tan influyente en nuestros contextos y enseñanzas profesionales, es viva muestra de una actitud erudita abstracta que no se compromete – en apariencia pues su lugar de enunciación es precisamente “usamericano” – con la existencia como discurso y práctica sociopolítica que instituye (o destituye) realidades sociales y políticas ni responde a sujetos/actores reales, de carne y hueso⁵¹.

El efecto que ha provocado este perfil (y en algunas de sus derivaciones en los estudios actuales de la *política comparada*) ha sido abiertamente inconveniente. Ha logrado imponer una ciencia política *despolitizada* – una contradicción en los términos – y *cientistas políticos* construidos a partir de una suerte de identidad virtuosa e irrevocable entre *técnica* (de racionalidad instrumental y económica), *independencia* (frente a cualquier visión política) y *neutralidad* (ideológica), presupuestos del “auténtico” conocimiento politológico⁵².

⁵⁰ Fontana, Joseph, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999, p. 261.

⁵¹ David Easton considera que el aporte de los científicos sociales “desde afuera” de la ciencia política, estimulan el desarrollo, más que inferir su debilitamiento: “no es visto por Easton como una manera de sustituir carencias o dispensar a la ciencia política del esfuerzo que significa hallar nuevas vías de aproximación al fenómeno político”. Esta es una indicación evidente de Easton en el capítulo introductorio a su obra, *Enfoques sobre teoría política* y titulado: “Introducción: estrategias alternativas en la investigación teórica”. Easton, David (comp.), *Enfoques sobre teoría política*, Buenos Aires, Amorrortu, 1966, p. 17-34. Desde otro lugar el mismo autor reconoce: “Las ciencias sociales se ocupan de la totalidad de la situación humana; por ello, si la investigación política prescinde los hallazgos de otras disciplinas, corre el peligro de reducir la validez de sus propios resultados y socavar su generalidad.” Easton, David, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969, p. 25.

⁵² Puello-Socarrás, José Francisco, “Política *qua* Experticia. Élités intelectuales, tecnocracia, *think tanks*” en: *Revista de Ciencia Política*, No. 8, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009. No obstante hay que señalar que la “despolitización” no puede concebirse en términos absolutos pues en últimas y en realidad es repolitización.

Este hecho resulta controvertible no tanto en términos del conocimiento político en sí sino desde las mismas dinámicas sociales - sobre todo cuando se analizan los lugares de enunciación del conocimiento, es decir, a qué responden social y políticamente -.

En lo fundamental, la política como acción y en tanto conocimiento son expresiones de luchas concretas entre diferentes - y la mayoría de las veces, contradictorios - proyectos políticos (cosmovisiones políticas, ¡las maneras de ver el mundo y la política!) y previenen sobre la reinención de la ciencia de la política y, desde luego, de la Política misma teniendo presente esta circunstancia.

Es insostenible por lo tanto intentar purificar la política de la ideología – en el sentido amplio del término – y la ciencia *en* política de ambas pues, por el contrario, política e ideología son presupuestos válidos de la producción científica, aunque para algunos – aún anclados en tradiciones anacrónicas – se resistan. Recordemos la imposibilidad en la ciencia contemporánea de separar a los objetos de sus sujetos.

Sabemos de sobra que la definición de las agendas de investigación social están moldeadas por las temáticas “relevantes” y los temas “fundamentales” que son, a su vez, definidos desde agendas políticas y de las políticas públicas (nacional e internacional) e instalan la relación de fuerzas del devenir político y, en este caso, también académico e intelectual.

Sorprende entonces que en los estudios actuales no se interroguen sobre qué cosa puede resultar de la conjunción entre aquello que se entiende por “ciencia” y por “política”. Más aún: *¿qué ciencia?*, *¿qué política?*; *¿cuál ciencia, cuál política?*; *¿cuál ciencia para qué política?*

Obviamente, no son preguntas para hacerse de una vez y para siempre, como han pretendido algunos con el ánimo de clausurar definitivamente el debate. Al contrario, debe ser la pregunta cotidiana, diaria; un asunto para derivar en alerta, constantemente y que está políticamente matizado.

Esta obligación, si verdaderamente pensamos que la Política no se la aproxima de cualquier manera, es pensar, conocer, reflexionar, disciplinada y *científicamente* la Política, apropiándonos de conceptos *políticos*, métodos y metodologías y, en últimas, de un sinnúmero de criterios que implican una responsabilidad intelectual.

El famoso *Informe Gulbenkian*, Comisión que estuvo conformada por un centenar de renombrados intelectuales y presidida por Wallerstein y al que hacíamos mención, llamó la atención sobre los problemas de las Ciencias Sociales, animando un nuevo comienzo. Dejó en claro que no se trata de recorrer el mismo camino.

3.2. El elitismo congénito

Pocas veces se ha advertido que la constitución teórica, epistemológica y práctica de la “ciencia política” convencional-hegemónica (*Political Science* usamericana) ha estado marcada por un fuerte carácter y profundos antecedentes elitistas.

Se omite por lo general que las primeras incursiones contemporáneas de *la política en tanto ciencia* durante el siglo XX se constituyeron adoptando/adaptando como base ideológica la llamada *teoría de las élites*, una postura que aunque originalmente fue abierta y expresiva de sus convicciones, con el paso del tiempo y la “evolución” de la disciplina – sobre todo en su aurora, con los enfoques “científicos” dominantes ya analizados – fue sistemáticamente encubierta.

Ciertamente existe una continuidad, contradictoria pero no por ello menos consistente, desde Mosca a Easton pasando por los aportes de J. Schumpeter y H. Lasswell, A. Kaplan y R. Dahl hasta las proyecciones neolistas hoy presentes en las versiones de la ciencia política actual (como en G. Sartori), que le imprimen una gramática elitizada a los análisis, conceptos, nociones o perspectivas de la disciplina en el sentido de promover la idea según la cual el poder, el gobierno, la democracia, en fin, la política en sentido amplio, se desenvuelven en un lugar social y político específico: las élites⁵³. Es cierto que entre la *scienza* que soñaba Mosca y la *science* usamericana imperante saltan a la vista menos afinidades que inconmensurables divergencias. Sin embargo, para ser justos con la discusión, entre una y otra también existe también una convergencia problemática pero siempre llamativa de inspiraciones y apuestas.

En todo caso ya varios y desde hace mucho tiempo habían advertido sobre las *premisas elitistas* en la teoría “científica” de la política y sus peligros.

Y es que no hay que olvidar el éxito de la difusión teórica explícita ó implícita de la teoría de las élites (en su versión *liberal*, específicamente, la denominada escuela del plural-elitismo liberal) y la influencia ideológica que ésta le imprimiría al nacimiento de la *political science* usamericana, entre otros, bajo el auspicio de Harold Lasswell y Abraham Kaplan y, posteriormente, en las corrientes de los estudios comparados que siguen los mismos presupuestos⁵⁴. Bobbio y Mateucci precisamente subrayaban que fue en los Estados Unidos donde la *teoría de las élites* adquiría “pleno derecho de ciudadanía”.

Por aquellos años en el ambiente intelectual usamericano se introducían y discutían *renovaciones* del elitismo original a través de la traducción hecha por Lasswell del *Tratado* de Pareto, junto a Mosca, los elitistas clásicos. De hecho, el libro de Lasswell y Kaplan, titulado: *Who gets, what, when, how* (1935), una referencia inequívoca para la

⁵³ Para una ampliación de los detalles en relación con la evolución del pensamiento elitista, vinculado al desarrollo del pensamiento político y sus influencias en la *political science* y la *comparative politics*, cfr. Puello-Socarrás, José Francisco, Op. Cit. (2005); Estrada Álvarez, Jairo y Puello-Socarrás, José Francisco, “Élites, intelectuales y tecnocracia: calidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual” en: *Colombia Internacional* (Bogotá: Universidad de Los Andes) No. 62. Julio-Diciembre. Disponible en línea: http://colombiainternacional.uniandes.edu.co/datos/pdf/descargar.php?f=../data/Col_Int_No.62/06_Rev_6_2.pdf.

⁵⁴ La ciencia política como *disciplina empírica*, según Lasswell y Kaplan en *Power and society* [“Poder y sociedad”] (1.950) es “el estudio del modo como se conforma y comparte el poder”. De allí, Bachrach dirá: “En este aserto... Lasswell vuelve explícita la premisa central, aunque inarticulada, de Pareto y Mosca”. Bachrach, Peter. *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1.967 (1.973), p. 108.

Political Science, se inicia con un capítulo titulado: “Élites” donde se propone que *el estudio de la política* es la investigación de la influencia y de los que la ejercen y de sus valores (deferencia, ingreso y seguridad). Los que obtienen la mayor parte de estos “valores” son *la élite*; el resto es *la masa*. A este respecto Bobbio agregaba:

(...) Al formular el concepto de élite, Lasswell apela explícitamente a la tradición de Mosca, Pareto y Michels. En el libro posterior, escrito en colaboración con Abraham Kaplan, *Power and society*, articulando aún más el concepto, distingue la élite propiamente dicha, que está constituida por los que tienen el mayor poder en la sociedad, de la élite media [a la que denomina *semi-élite*], constituida por los que tienen un poder inferior, y de la masa, constituida por los que tienen el poder menor⁵⁵.

Siguiendo la misma tradición de los elitistas clásicos, Lasswell afirmaba que los miembros de la élite son *menos numerosos* que los de la masa, distinguiendo diversas *formas dominio* que no serían más que el correlato de las diversas *formas de poder* – según el autor, los modos de participación en la toma de decisiones - de una sociedad. Así concebido, el poder estaría controlado y sobre todo ejercido de acuerdo con los distintos tipos de élite.

Pero esta noción, en adelante axiomática para el estudio de la política, la *élite* propiamente dicha, la presenta Lasswell como aquellos individuos que *poseen el poder dentro de un cuerpo político*, es decir, “dentro del gobierno”⁵⁶. De ahí que la política (y su “ciencia”) excluya poco a poco a quienes *no lo poseen* (bajo estos términos), las masas – de lo que se podría inferir, según esta concepción también: serían “inferiores políticamente” -, y en adelante este lugar social y sus sujetos resultasen eximidos de importancia y de relevancia políticas para el conocimiento pues la disciplina debe apuntar hacia la “exclusividad” y “autonomía” de un objeto de estudio preciso.

Otros conceptos alrededor de la *élite* como: el gobierno, influencia, el sistema político, la poliarquía entre otros y que reemplazaron las consideradas “viejas nociones” de clase social, poder político (en su sentido amplio), Estado (como relación social) y Democracia (más allá del rito electoral) dentro del perfil de la *Political Science* y que todavía subsisten en algunas versiones de la *comparative politics*, a pesar de un supuesto regreso - por el ejemplo al concepto de Estado (vaciado, desde luego, como lo propone el neoinstitucionalismo) - mantienen el protagonismo exacerbado de *la élite* como centro de gravedad de la política y su estudio.

Como decíamos en relación con el *cientificismo*, la circunstancia histórica y hoy presente del *elitismo* no resulta ser simplemente un sin sentido ni una cuestión arbitraria al interior de la constitución epistemológica de la disciplina. Por el contrario, responde consistentemente a un perfil de ciencia en la política pensado “en sí” (hegemónica) y “para sí” (los intereses políticos, económicos, sociales, culturales, cognoscitivos, etc., de las élites y clases políticas y dirigentes) y la materialización de las realidades sociopolíticas, a diferentes niveles (global, regional, local) en concreto.

⁵⁵ Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1981, p. 594.

⁵⁶ Bachrach, Op. Cit, p. 110-111.

La cuestión es, sin embargo, indisciplinar y poner de cabeza estas creencias que no se justifican cuando se evalúa su verosimilitud desde su existencia social.

Se precisa entonces la construcción de una versión alternativa y contra-hegemónica que responda, enfaticamente y sea auténticamente expresiva de las condiciones, situaciones y necesidades protagonizadas por las grandes mayorías, las cuales nunca hemos abandonado la centralidad - incluso más trascendental - en términos de la vida política, máxime cuando observamos en términos de América Latina y el Caribe transformaciones y novedades recientes que marcan rupturas frente a los proyectos políticos anteriores pero que actualmente exhiben un déficit de inspección intelectual y de propuestas desde las voces científicas de la política⁵⁷.

Los vacíos en este sentido desde el punto de vista de los compromisos intelectuales de una nueva ciencia de la política y sus profesantes resultan inexpugnables.

3.3. La (de)colonización del pensamiento

La apuesta de “re-crear” una Ciencia de la Política como una disciplina, conocimiento o reflexión que permita aproximarnos a nuestros problemas significa menos la mera traducción del pensamiento – dispuesto en *otras* situaciones políticas, económicas, sociales, culturales – en nuestros problemas y problemáticas que un acto de *invención y creatividad intelectual* que sin desconocer el pasado sea capaz de discernir y proponer la renovación del proyecto de pensamiento y realidad políticas.

¿Serán pertinentes tantas obras y autores para conciliar las especificidades que conocemos, sentimos o percibimos? Son necesarias, desde luego pero ¿serán suficientes para darle una consistencia auténtica – no tanto a nivel erudito sino desde su efectividad social - a nuestras esperanzas? Ciencia *con* conciencia, propone Morin. Conciencia de lo que somos *aquí y ahora* (un pasado actualizado) y lo que queremos ser (un proyecto, un futuro).

Se exige, pues, autonomía reflexiva desde múltiples frentes; entre ellos, el dominio propio de nuestro oficio: el intelectual (sin cortapisas y sin contraponerlo radicalmente a lo material pues ¿somos también trabajadores, con todo lo que ello implica en la actual sociedad capitalista!). ¿Cómo pensar con el europeo *en la cabeza* o con el usamericano *in pectore* nuestra realidad latinoamericana?

Nuestro llamado final es entonces hacia la liberación de las ataduras eruditas, epistémicas, conceptuales – muchas veces implícitas, invisibles - que no se corresponden con nuestra realidad material, vital y/o existencial, manteniendo *responsable, rigurosa y pertinentemente* aquello que deseamos mantener.

⁵⁷ Vale la pena rescatar que en dos escenarios regionales: el Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales de octubre de 2007 (Quito, Ecuador) y en la XXIII Asamblea General del Consejo de Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) de octubre de 2009 (Cochabamba, Bolivia) - ¡los lugares de enunciación! – se señalaba que la justificación hoy por hoy de las ciencias sociales estaba en su capacidad de transformación y recreación de su discurso a partir de realidades emergentes, distintas a la mera reproducción del pensamiento, en estrecha dialéctica de teoría y praxis. Una responsabilidad aún débilmente articulada en términos del conocimiento y el análisis político actual.

Ante todo, rogar por una *ciencia de la política* autóctona, alterna y nativa, alternativa, liberadora y que sirva como horizonte para indagar por La Política *nuestra*. Urge reconstituir nuestro conocimiento político porque es inaplazable modificar las condiciones políticas actuales y el pensamiento político mismo.

Y esta es, sin embargo, una de las invitaciones que – pensamos – pueden derivarse de los intersticios que plantean las nuevas *epistémes*.

La misma realidad latinoamericana, o si se quiere, cualquier localización periférica de la geografía global, muestra de sobra la interesante intersección de “inter-politicidades” y “trans-culturalidades” eventualmente especiales y bastante específicas en nuestros contextos particulares. Desde el punto de vista de los modos de vida, las subjetividades del poder, las trayectorias históricas y proyectos sociales, desde luego, los propios horizontes de pensamiento y conocimiento autóctonos, no se dejan atrapar “por completo” (¡afortunadamente!) desde las categorías tradicionales.

Inmediatamente ponen en evidencia dinámicas sumamente complejas, múltiples y diversas que se producen y se co-producen bajo ritmos bien distantes de la fundación misma del paradigma occidental habitual de conocimiento que si bien heredamos precisa una re-institución.

Eventos relativamente recientes - el neo-zapatismo mexicano, las luchas populares indígenas andinas, las reivindicaciones democráticas regionales “de base” colombianas, los movimientos alternativos brasileños y argentinos inclusive, entre un calidoscopio amplísimo de ejemplificaciones a lo largo y ancho de NuestrAmérica - característicamente expresivas de lo latinoamericano y caribeño, siguen generando múltiples interrogantes que llaman, justamente, hacia una renovación de las aproximaciones y, al mismo tiempo, ruegan por transformaciones epistémicas radicales. Pues siempre hay que mantener en mente que:

(...) todas estas civilizaciones no occidentales (v.gr. Nuestra América), muy lejos de fundar su principio de realidad sobre una verdad única, sobre un único procedimiento de deducción de la verdad, sobre el modelo único de lo Absoluto sin rostro y en el límite innominable, han establecido su universo mental, individual y social, sobre fundamentos plurales, por lo tanto diferenciados⁵⁸.

Nunca antes como ahora sigue en vigor esa propuesta desencadenante que el maestro Orlando Fals Borda pronunciara casi medio siglo atrás para la sociología de su tiempo y que nos permitimos parafrasear para el conocimiento político: una ciencia de la política, subversiva y rebelde – entiéndase muy bien: que esté dispuesta a “volver a verter” *subvertir* – la miseria y el servilismo reinante y sin caer en la xenofobia ni en el narcisismo histórico, social, cultural o político, ofrezca posibilidades para una Politología liberadora, una Politología de la Liberación, una Nueva Ciencia de la Política como una modesta contribución para la renovación de sus realidades⁵⁹.

⁵⁸ Durand, Gilbert, *Lo imaginario*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 2000, p. 19.

⁵⁹ Cfr. Fals Borda, Orlando, “¿Es posible una sociología de la liberación?”, en: *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970.

Dejar atrás la reproducción de “modelos” y disponernos a inventar posibilitaría poder visibilizar voces silenciadas y destituir el profundo colonialismo de pensamiento, el elitismo intelectual y el cientificismo en el conocimiento de la Política que todavía se respira – aunque cada vez más tambaleante – en nuestra disciplina.

José Francisco Puello-Socarrás (Bogotá, 1977). Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, Magíster en Administración Pública y actualmente estudiante del Doctorado en Ciencia Política en la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). Becario CONICET. Miembro investigador del Grupo Interdisciplinario de Estudios Políticos y Sociales, *Theseus* (Universidad Nacional de Colombia); la Corporación para el Desarrollo de la Investigación Social y la Formación Política, *ConCiencia Política* (Colombia); la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP (Argentina). Ha sido docente cátedra en la carrera de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia y asesor en asuntos políticos y económicos en el Senado de la República de Colombia. Actualmente, se desempeña como asistente de docencia en la Universidad Nacional de San Martín (Argentina). Entre sus más recientes publicaciones se encuentran: *Política: mito, filosofía y ciencia* (2006) y *Nueva Gramática del Neo-liberalismo* (2009).

Referencias bibliográficas

Aristóteles, *Física*, Libro III, “El Movimiento”.

Bachrach, Peter. *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1.967 (1.973).

Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Santafé de Bogotá, FCE, 1985.

Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1981.

Borón, Atilio, “¿Una teoría social para el siglo XXI?”, *Estudios Sociológicos* [en línea], Vol. XVIII, No. 3, 2000

Bourdieu, Pierre, “Génesis y estructura del campo burocrático”, *Actes de la recherche en Sciences Sociales*, No. 96-97, marzo de 1993.

Busshoff, Heinrich, *Racionalidad crítica y política*, Bogotá, Editorial Alfa, 1976.

Cansino, César, *La muerte de la Ciencia Política*, Buenos Aires, Suramericana, 2008.

Capra, Fritjof, *Las conexiones ocultas: Implicaciones sociales, medioambientales, económicas y biológicas de una nueva visión del mundo*, Barcelona Anagrama, 2003.

Cassirer, Ernst, *El mito del Estado*, México, FCE, 1946.

Castoriadis, Cornelius, *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social: Seminarios 1986-1987*, Buenos Aires, FCE, 2004.

Durand, Gilbert, *Lo imaginario*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 2000.

_____, *Mitos y sociedades: introducción a la mitología*, Buenos Aires, Biblos, 1996.

- Easton**, David (comp.), *Enfoques sobre teoría política*, Buenos Aires, Amorrortu, 1966.
- Easton**, David, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu. 1969.
- Echandía**, Guillermo, *Introducción a la Física*, Gredos, Madrid, 1995.
- Elster**, Jon, *Lógica y Sociedad: contradicciones y mundos posibles*, Barcelona, Gedisa, 1.978 (2.006).
- Fals Borda**, Orlando, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México, Nuestro Tiempo, 1970.
- Fontana**, Joseph, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999.
- Hegel**, Georg Wilhelm Friedrich, *Sobre las distintas maneras de tratar científicamente el derecho natural: su lugar en la filosofía práctica y su relación constitutiva de la ciencia positiva del derecho*, Madrid, Aguilar, 1802 (1979).
- Levi-Strauss**, Claude, *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 1.964.
- Maffesoli**, Michel, *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*, México, FCE, 1993.
- Mosca**, Gaetano, *La clase política*, México, FCE, 1995.
- Pasquino**, Gianfranco, “Naturaleza y evolución de la disciplina” en: *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Alianza, 1991.
- Prelot**, Marcel, *La ciencia política*, Buenos Aires, Tupac-amarú, 1961.
- Puello-Socarrás**, José Francisco, “El mito de La Política: entre filosofías logomíticas y ciencias mitológicas” en: *Ciencias Sociales. Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas* (Quito: Universidad Central del Ecuador) No. 23, II Trimestre de 2.005. Ediciones Abya-Yala.
- _____, “Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual” en: *Espacio crítico* (Bogotá) No. 2. I Semestre de 2.005.
- _____, “Marxismos y elitismos: de Karl Marx a Gaetano Mosca (y más allá). Los conceptos de clase dominante y clase política” en: Estrada Álvarez, Jairo (comp.), *Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- _____, *Política: mito, filosofía y ciencia. Desde la politología hacia la mítico-política*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- _____, “La dimensión cognitiva en las políticas públicas. Interpelación politológica”, *Revista de Ciencia Política* No. 3 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia), 2007.
- _____, “Más allá de la Política, menos acá de la Religión. Elementos de los idolatrix religio ó en torno a las políticas religiones políticas” en: *Espacio crítico* (Bogotá) No. 8. I Semestre de 2008.
- _____, *Nueva Gramática del Neo-liberalismo. Itinerarios teóricos, trayectorias intelectuales, claves ideológicas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2009.

_____, “Política *qua* Experticia. Élités intelectuales, tecnocracia, *think tanks*” en: *Revista de Ciencia Política*, No. 8 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia), 2009.

_____, “El oráculo de los entusiastas. La teoría del Rational Choice en política: ¿una decisión irracional? (ante todo, después de todo)”. *Mimeo*.

Quesada, Fernando, “Sobre la naturaleza de la filosofía política”, *Filosofía Política I*, Madrid, Trotta, 1997.

Rubio Carracedo, José, “La recuperación de la filosofía política”, *Paradigmas de la política*, Barcelona, Anthropos, 1990.

Sartori, Giovanni, “¿Hacia dónde va la Ciencia Política?”, *Política y Gobierno*, Vol. XI, No. 2, II Semestre de 2004.

Serres, Michel, *El nacimiento de la Física en el texto de Lucrecio*, Valencia, Pre-textos, 1977.

Wallerstein, Immanuel, “La Historia en busca de la ciencia” en *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005.

Žižek, Slavoj, “¿Cómo inventó Marx el síntoma” en Žižek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, México, FCE, 2000.

_____, *El sublime objeto de la ideología*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

_____, *The parallax view (shorts circuits)*, Cambridge, MIT Press, 2006.

Zuckerman, Alan, “Advancing explanation in Comparative Politics” en Lichbach, Mark y Alan Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, culture and structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.